

LOS HIJOS DE SATÁN

Knight's Town puede que fuese, no el lugar más desolado de Irlanda, sino el más desolado del mundo, pero tenía su encanto.



Ronald Mortimer

Los hijos de Satán

Bolsilibros: Selección Terror - 499

ePub r1.0

Titivillus 05.10.17

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



SELECCION

TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Knight's Town puede que fuese, no el lugar más desolado de Irlanda, sino el más desolado del mundo, pero tenía su encanto. O, al menos, así se lo parecía a Linda.

—¡Yo no sé qué le ves de bonito a este agujero!

—Que tú estás conmigo…

—Pero yo también estaría contigo en Cork o en Dublin o, mucho mejor todavía, en Londres, de donde nunca debimos haber salido.

Linda se echó a reír.

—Al, eres un incorregible materialista. No eres capaz de ver la poesía que hay en esas tremendas olas rompiendo contra las rocas, o en esta niebla que transforma todo lo feo, lo groseramente material, en irreales ilustraciones de libro de cuento de hadas…

Él tiritó exageradamente. Hacía frío, desde luego, pero los gruesos chaquetones que los dos lucían eran defensa suficiente.

—Para mí —dijo— la niebla no es poesía. Es humedad, es frío, es peligro en la carretera. Tú eres rica, Linda…

—No empecemos con eso.

—Sí, empecemos. Siempre tenemos que empezar y seguir con eso. Tú eres rica, muy rica y yo soy pobre, muy pobre…

—Eres muy pobre.

—Y lo sigo siendo, hasta que comience a trabajar. Sabes que nunca aceptaré tu dinero. Y esto de una luna de miel que ya lleva dos meses…

—Es una luna «llena». ¿Te aburres mucho?

Él sonrió.

—Sabes que no, preciosa. Sabes que estoy loco por ti. Que estando contigo… hasta en… ¿cómo se llama este ombligo del mundo, por no decir otra cosa?

—Knight's Town.

—¡Apostaría mi cabeza a que ningún caballero[1] estuvo nunca en este agujero!

Linda rió. Con las manos en los bolsillos, contemplaba el mar que tenía ante sí y pensaba en lo feliz que era. Y en la suerte que había tenido al encontrar a Al, pese a lo que opinaran abogados y amigos de la familia. No era fácil para una heredera encontrar un hombre que la amara por ella misma y no por su dinero.

A sus treinta años, la chica llevaba no menos de quince «esquivando» galanes. Cuando tenía diecinueve años, sus padres murieron al naufragar el yate familiar Albatros, y ella, hija única, tuvo que dejar Suiza y su esmerada educación para sentarse tras un recargado escritorio y escuchar interminables chácharas de abogados y contables, sobre temas y cifras que ni entendía ni tenía deseos de entender.

Pero eso era lo que se esperaba de la hija única de *sir* Archibald Merrivale, y eso era lo que ella estaba dispuesta a hacer, aunque no fuera más que para mantener la tradición de la familia y beneficiar a la interminable cohorte de primos, tíos e hijos de primos y tíos, que de sus empresas dependían.

Ni qué decir tiene que los cazadores de dotes se multiplicaron ante la nueva y supertentadora fortuna de Linda. Pero la chica estaba asegurada contra ellos. Fueron y vinieron —en realidad, «vinieron y fueron»— decenas, sin conseguir más que desplantes y hasta burlas.

Cuando el haber cumplido treinta años comenzaba a entristecer a Linda, apareció Al. Y apareció como tienen que aparecer los príncipes azules de finales del siglo XX: a ella se le paró el motor de su Bentley deportivo en una carretera secundaria, por la que no pasaba nadie. Casi media hora tuvo que morderse las uñas hasta ver aparecer el camión.

No sólo se detuvo ante sus desesperados manotazos en el aire, sino que de la cabina descendió el más guapo de todos los hombres que ella hubiera visto en su vida. El motor estuvo arreglado en un par de minutos por las hábiles manos de Al y entonces ella se consideró en la obligación —¿por el favor o por lo guapo que era?— de invitarlo a una copa en el *pub* del pueblo más próximo.

Y, como ella gustaba decir, «de allí a la eternidad». Cuando

anunció su decisión de casarse con el anónimo Albert Carrender al Consejo Central de Administración, las reacciones de los graves consejeros fueron desde la indignación hasta la furia. Pero ella se mantuvo firme y, como no era la reina de Inglaterra, no tuvo que hacer caso a la unánime posición negativa del Consejo.

Pero no pudo impedir que la sección llamada, medio en broma, medio en serio, «Asuntos Internos», investigase el pasado de su novio. Entonces surgió lo de su «oscuro pasado». Había llegado sólo doce años antes a Inglaterra, procedente de la Europa del Este. Si bien no tenía antecedentes penales en las islas y sus papeles estaban en regla, nada se sabía de su pasado en el continente. «Claro que si *miss* Merrivale nos da tiempo para ampliar nuestras investigaciones…».

Miss Merrivale dijo que sí, que se tomaran todo el tiempo que quisiesen, y se casó seis semanas después de decirlo. Ante las furiosas olas del Atlántico, sonrió al pensar que en ese mismo momento, en algún lugar de la Europa Central, dos o tres sabuesos suyos estarían escudriñando en el pasado del hombre que estaba junto a ella.

¿Qué podrían encontrar de reprobable en un hombre tan lleno de bondad como Al?

—Eres muy bueno, Al —dijo inopinadamente.

—¿A qué viene eso ahora? —se sorprendió él, para agregar de inmediato—: ¡Ah, ya comprendo! Viene a que por amor a ti he sido capaz de aguantar seis horas en este espantoso lugar sin apenas protestar.

—Eso de «sin apenas protestar»… Pero te prometo que sólo nos quedaremos esta noche.

—¿Y si nos fuéramos ahora mismo? —aventuró él, con insinuante tono, que hizo estallar en carcajadas a la muchacha.

—Tu voz no podía ser más convincente. Pero a mí no me convences. Hemos dejado nuestro equipaje en El Ancla y el Delfín y allí pasaremos la noche. Me encantará escuchar desde mi cálido lecho el bramar de los vientos y las olas…

—¿Crees que realmente será «cálido»? El sistema de calefacción…

—¡De nuevo tu condenado materialismo! ¡Pensaba en tu cuerpo y no en la calefacción al hablar de «cálido»!

—Las limitaciones de los pobres —se quejó él—. No estamos capacitados para captar las sutilezas…

—¡Termínala ya con eso de los pobres! No sé si realmente lo has sido…

—Sabes que sólo soy un pobre camionero.

—Un pobre camionero que ha ido a la Universidad —le dijo porque él se lo había dicho en una oportunidad. Pero nunca mencionó ni mencionaría lo que sus sabuesos le habían contado de «otra vida» en la Europa Central. Ella confiaba en él, que él le contara lo que quisiera contarle—. Un camionero que ha ido a la Universidad —repitió— y que, si lo fue, ya nunca más volverá a ser pobre.

—Porque su esposa es rica.

—Porque él es rico.

Al se volvió hacia ella, abandonando momentáneamente un pesquero que intentaba por todos los medios embocar la entrada del puente, en medio del temporal.

—¿Qué quieres decir? —interrogó con voz cambiada.

—Quiero decir que el día anterior al de nuestra partida he transferido a tu nombre la mitad de mis bienes…

Sonriente, Linda miró a su esposo. Lo que vio en su rostro, la desconcertó. Había esperado sorpresa, tal vez un cortés gesto de rechazo, pero nada de eso había en esa cara que tanto amaba. Sus ojos estaban dilatados, la miraba como ausente. ¿Con odio? No, seguramente no sería eso. Pero…

De pronto, Linda sintió algo parecido al miedo. «¿Qué sabes de este hombre?», dijo por primera vez una voz en su interior. No pudo evitar un estremecimiento, que no pasó inadvertido a Al.

—¿Lo ves? —su voz era ahora la de siempre—. Te mueres de frío en este horrible lugar.

—Al fin y al cabo, si estamos aquí es porque tú has querido venir —lo dijo porque inconscientemente tenía deseos de agredirlo, como reacción por sus estúpidos temores de segundos antes.

Él se sorprendió.

—Bueno… Sí, claro; tienes razón. Yo era el que conducía y yo fui el que dijo de venir aquí. Me gustó el nombre.
Knight's
Town tiene personalidad. Además, el hecho de estar en una isla

agrega misterio al asunto. Pensar que estamos en este último rincón de Irlanda, aislados de…

—Basta, Al.

Él la miró con sorpresa.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber.

Linda se restregó los brazos con las manos.

—Nada. Tengo frío. Vamos a la posada.

La oscuridad caía rápidamente sobre ellos, pese a no ser más de las cinco de la tarde. Los dos caminaban a grandes pasos, ascendiendo la cuesta que, desde el pequeñísimo puerto, les llevaría a la gran chimenea llena de chisporroteantes leños de la posada.

—Sabía lo del dinero, Linda.

Ella lo miró, sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Uno de tus trescientos abogados, un tal Lorney, o Lowie…

—Lortley.

—Eso, Lortley, me lo dijo cuando fue a despedirse de ti.

Linda se enfureció mentalmente contra su jefe de asesoría jurídica. ¿Por qué lo habría hecho?

Repitió la pregunta en voz alta.

—Es fácil adivinarlo —sonrió con tristeza Al.

—¿A qué te refieres?

—Su expresión era una bien compuesta máscara de profesional indiferencia, pero bajo ella era demasiado fácilmente descubrible su burla.

—De nuevo tus complejos de pobre…

—No debiste hacerlo, Linda. ¿Por qué esa prisa?

—Porque nadie, ni yo, está libre de morir en un accidente. No quería dejar un viudo pobre tras de mí.

Una vez más, la reacción de Al a sus palabras dichas en tono frívolo, la sorprendió. Literalmente, el muchacho vio su cuerpo sacudido por un temblor.

—No hables de muerte —masculló, con su cara crispada—. Nunca me hables de muerte.

«Su cara es la de un loco…». Rechazó indignada y de inmediato la idea. Pero no pudo rechazar tan de plano la voz que le repetía: «Es un desconocido para ti. Nada sabes de su pasado».

Llegaron a El Ancla y el Delfín. El fuego era tan intenso y cálido

como lo imaginaran y desearan.

También el agua de la bañera estaba caliente. Después de un largo baño, Linda se sintió mucho mejor. «Estaba pensando tonterías porque el mar estaba furioso y porque hace frío allí fuera».

—¿Quieres que cenemos ya? —le gritó Al, echado sobre la cama, tras haberse duchado mucho más rápidamente que ella.

—¿Se te ocurre algo mejor? —le provocó.

Al muchacho se le ocurrió algo mejor, por lo que demoraron casi una hora en bajar al comedor.

—¿Estofado irlandés, chicken-pie o cordero asado?

—Estofado irlandés.

Él sonrió.

—Eres una mujer valiente —dijo—. Atreverte de noche con un estofado irlandés.

«Soy valiente por haberme casado con un desconocido». Volvió a indignarse contra esa parte de ella misma que había esperado hasta ese día para manifestarse.

—Más valiente eres tú, por haberte atrevido a casarte conmigo —dijo sonriente.

Pero a él no le hizo gracia la frase.

—Tú eres la valiente —dijo muy serio—. Por haberte casado conmigo. Por haberte casado con alguien del que sólo conoces su nombre…

Pero ella estaba reanimada por el baño y el alegre fuego.

—Creo que conozco de ti algo más que el nombre… —murmuró, poniendo cara de vampiro de cine mudo.

Él no pudo menos que reír.

—¡Linda, eres fantástica! —le tomó ambas manos.

Pero la regordeta camarera llegaba con la gran fuente de estofado.

—Mañana saldremos a media mañana —dijo Al, mientras las dos bebían café, tras la suculenta cena.

—Con lo bien que se come aquí, podríamos salir por la tarde.

—¿Y aburrirnos toda la mañana?

—¿Eres capaz de decir que te aburres conmigo?

Al hizo un gesto de derrota y le tomó la mano que no sostenía la taza de café.

—No puedo contigo —murmuró—. Haremos lo que tú quieras.

Saldrás de
Knigth’s
Town por la tarde… o no saldrás nunca.

Ella le miró, un tanto desconcertada por el final de la frase.

Pero él seguía contemplándola con impersonal sonrisa.

CAPÍTULO II

Salieron a media mañana de Knight's Town. Era media mañana, pero estaba muy oscuro.

—Conduce con cuidado, Al.

—Sí, conduciré con cuidado.

Él la miró con gesto preocupado.

—¿Te aburres conmigo?

—No.

Siguieron camino adelante y poco faltaba para llegar al muelle del transbordador, cuando vio la casa.

Era grande, antigua y estaba rodeada de árboles. Comprendí que ésa era la casa para la cual había sido destinada desde toda la eternidad. «Saldrás de allí por la tarde… o no saldrás nunca». Ella sabía muy bien que no saldría nunca.

—Para el coche —dijo a su marido, y él hizo lo que se le ordenaba.

—¿Pour quoi? —preguntó en francés.

Ella se sorprendió, porque ignoraba que Al conociera la lengua de Nostradamus.

—Hay muchas cosas que ignoras de mí —dijo él intempestivamente.

—La puerta está abierta —siguió Linda, descendiendo del coche —. Entremos en la casa.

—La niebla no llega hasta el interior de las casas irlandesas — contestó él.

El techo del salón era muy alto y con artesonado de madera.

—Es una casa ideal para un asesinato —comentó Linda.

—Tu asesinato —contestó él, con su índice apuntando al corazón de la muchacha. Los dos se echaron a reír.

—Subamos al dormitorio de los fuegos crepitantes —propuso Al de inmediato.

Subieron la gran escalera de madera tomados de las manos.

—No es por el dinero, no es por el dinero… —repetía Al infatigable y ella reía sin parar. El piso superior estaba desierto.

—¿Qué sabes tú de mi pasado? —preguntó Al, estrechándola entre sus brazos.

—Lo pasado, pasado —fue la respuesta.

—Pero no debiste darme el dinero.

—¿Por qué?

—Porque ahora me obligas a matarte.

Ella comprendió que estaba hablando en serio y empezó a asustarse.

—¿Crees que no hay otra posibilidad?

—No la hay.

—¿Ni la posibilidad de una renegociación mediante amortización de un 15% a la par? —No es imposible, *miss* Merrivale.

Era el pesado de Lortley quien hablaba.

—¿Por qué contó a Al lo del dinero?

—Usted cometió una imprudencia. Al darle el dinero lo está obligando a matarla.

Él reía.

—Te lo dije, Linda. No me queda otra salida.

Entonces ella recordó la salida posterior. Había una salida posterior por el sótano. Si pudiera llegar hasta ella…

Comenzó a correr, pero el barro estaba muy flojo y se pegaba a sus zapatos como si fuera chicle.

—Nunca podré llegar hasta la salida posterior.

—No debiste darme ese dinero, en este agujero —cantaba Al, con burlón sonsonete.

—Tú me trajiste a Knight’s Town.

—Sí, porque es un lugar bueno para morir. Tan bueno como Cork o Dublín, o, mejor aún, Londres.

—La Torre de Londres. Ahí los ahorcaban.

—Ahora ya no ahorcan; ahora matan.

Linda se quedó pensando si ahorcar no era lo mismo que matar. O si matar no era lo mismo que ahorcar. «Debo escapar».

No era fácil.

—En Lausanne he visitado el Museo del Tapiz.

—«Los Tapices de la Muerte».

—¿Por qué te obsesiona tanto la idea de la muerte?

—Porque tengo que matarte.

—¿Cuándo?

Al contestó en un murmullo tan bajo que ella no pudo oírle. Pero no necesitó escucharle para entender la respuesta. «Ahora mismo». Tenía que matarla de inmediato.

Sin pérdida de tiempo, su marido adelantó sus engarfiadas manos hacia ella. Intentó escapar, pero resbaló en la nieve, a pesar de los esfuerzos de su profesor de esquí.

Al era camionero-universitario. Conducía un camión universitario por las calles de Oxford.

—Quiero conocer a los dueños de la casa.

—Esta casa no tiene dueños.

—Tonterías, todas las casas los tienen.

—Esta, no, porque esta es «La Casa de la Muerte».

—Vuelves a lo mismo.

—Y tendré que volver muchas veces a lo mismo. Hasta que te mate.

—¿Por qué no dejamos ya este juego, Al?

—¿Por qué crees que es un juego?

—Porque no creo que sea cierto. No creo que sea cierto que vayas a matarme. —¿Por qué no lo crees?

—Porque nadie anuncia que va a matar. Mata, simplemente.

—Pero tú tienes derecho a saber quién te mata.

—Sí, tienes razón, ése es un derecho que a nadie debería negarse.

—Me alegro que lo pienses así. Porque ésta es una muerte anunciada.

Linda tornó a correr, pero él le dio alcance de inmediato.

—En la casa. Dentro de la casa —exigió.

Los dueños reían a carcajadas.

—Sí, sí, en la casa —exigió el propietario, que se parecía a Orson Welles—. Debe morir en la casa.

Desde el gran salón, Linda contemplaba el frente del espacioso edificio: cuatro grandes ventanas francesas, dos a cada lado de la

puerta de entrada, para acceder a la cual había que ascender cuatro escalones. Cuatro ventanas en cada uno de los dos pisos superiores. Por último, dos claraboyas en el techo a dos aguas, seguramente pertenecientes a la buhardilla.

No pudo seguir mirando. Las dos manos de Al entraron en contacto con su cuello y oprimieron, oprimieron…

Sofocada, al borde de la asfixia, consiguió lanzar un desgarrador grito de auxilio.

La luz y la voz de Al, le hicieron abrir los ojos.

—Es por el dinero… —dijo.

—No —sonrió Al, mientras Linda volvía a la realidad, después de su pesadilla—. Es por el estofado irlandés.

CAPÍTULO III

—Tenemos bacon con huevos fritos, ríñones salteados, filetes de arenque a…

—Sólo beberé una taza de café bien fuerte.

—Pero, señora…

Linda se mantuvo inflexible, entre las risas de Al.

—Ya te dije que no pidieras estofado irlandés.

—Nunca volveré a tomarlo, el menos para cenar.

—¿Tan terrible fue tu pesadilla?

—Uff…

—¿De qué iba la cosa?

Ella dudó un instante y después dijo, en tono vago:

—Bueno, ya sabes, quieres huir y el suelo se vuelve chicle; hay alguien que quiere matarte…

Él abandonó su sonrisa para preguntar:

—¿Quién quería matarte?

Esta vez Linda no dudó.

—No lo sé —respondió, con voz convincente—. Creo que era una figura sin rostro. O puede que yo escuchara la voz que me anunciaba mi muerte, pero sin ver el cuerpo al que pertenecía. En los sueños ocurren esas cosas…

Él asintió con la cabeza. Después dijo:

—Vámonos de aquí apenas acabemos de desayunar. Podemos recorrer las bocas del Shannon y comer en Foynes.

—No, prefiero recorrer los alrededores de este pueblo, comer aquí y salir por la tarde. —Lo que usted ordene, señora.

Linda sonrió, mientras acariciaba la mano de su marido. La pesadilla de la noche anterior aún rondaba por su mente. ¡Qué estupidez! Tan estúpida como la mayoría de los sueños, sean o no

pesadillas. «Pensar que Al iba a matarme…». ¿Por qué no le había dicho que era él el presunto asesino? «Porque no es una cosa agradable de decir a un marido en plena luna de miel». Se sonrió a sí misma.

Pasearon el resto de la mañana. Caía una fina llovizna y hacía frío, pero en conjunto el ambiente no era tan desapacible como la tarde anterior. Incluso el fiero océano parecía tranquilizado, aunque no por eso las olas dejaban de romper con violencia contra las rocas.

El paisaje era, como no podía ser de otra manera, árido. Casi sin árboles y con rala vegetación. Nada más diferente de los buenos campos de Inglaterra.

—Esto es deprimente —opinó Al.

—Pero tiene carácter —defendió Linda.

Él se echó a reír.

—También tienen carácter las tumbas —dijo—, y no por eso quisiera estar yo en una de ellas.

La muchacha le lanzó una rápida mirada de soslayo. «¿Por qué habla de tumbas? No es la comparación más fácil ni, desde luego, la más agradable». Pero de inmediato se echó a reír para sus adentros: la pesadilla del estofado irlandés todavía seguía haciendo estragos en su cerebro.

Descubrieron una pequeña y protegida cala, a la que se podía llegar descendiendo por toscos escalones tallados en la piedra.

—¿Te animas? —invitó Al.

No había acabado la corta frase, cuando ya su mujer iniciaba el descenso.

Una decena de metros más abajo había arena y cavernas. Aunque ese día hubiera lucido el sol, sus rayas no podrían haber llegado hasta esa playa, casi cubierta por el techo de rocas. Pese a ser mediodía, la luz era escasa y parecía provenir de una especie de fosforescencia marina, y no del cielo. Linda se apretujó contra su marido, que se apresuró a rodearla con su brazo.

—Este lugar me da miedo —murmuró ella.

—No lo elegiría para vivir, desde luego —corroboró él.

—Es como si fuéramos los últimos y únicos habitantes de la Tierra…

Al se apartó algo de ella y señaló con el mentón hacia el interior

de una de las cavernas.

—Creo que te equivocas —murmuró.

Mirando en la dirección indicada, y obligándose a forzar la vista, porque la escasa luz reinante se convertía en penumbra en el interior de la cueva, Linda pudo distinguir la borrosa figura de un hombre que se inclinaba hacia el suelo.

—Vaya, no estábamos solos, después de todo. ¿Qué hará ese tipo ahí dentro?

—Buscando moluscos, o piedras, o vaya a saberse qué.

Tal vez ayudado por el viento, el hombre debió oírles, porque se incorporó velozmente y miró en la dirección en que la pareja se encontraba. La observación duró casi un minuto, tras lo cual el hombre se encaminó lentamente hacia ellos.

—¿Extranjeros, verdad? —venía diciendo, con ancha sonrisa.

—Sí, extran… —comenzó Al y, de pronto, quedó mudo contemplando al que ya estaba frente a él.

También el recién llegado le miró atónito, murmurando algo en una lengua extranjera, que a Linda sonó como «Bela». Sorprendida, contempló con mayor atención al desconocido. Parecía tener unos sesenta años, era alto y moreno. Aunque sus facciones eran regulares, había en ellas algo de maligno. Algo que hizo sentir frío y estremecerse a la muchacha.

El hombre fue el primero en reaccionar.

—Bueno —dijo en inglés, con acento extranjero—, esto sí que es una sorpresa. Supongo que corresponderá decir «qué pequeño es el mundo»…

—Sí —asintió Al, todavía como quien ve a un aparecido—, sí; el mundo es realmente pequeño.

—¿Esta encantadora muchacha…?

—Es mi esposa.

Ella alargó su mano.

—Hola. Soy Linda Merrivale, la esposa de Al.

—¿Al? —se sorprendió el recién llegado.

—¡Claro! Al, de Albert, ¿o ya te has olvidado de mi nombre?

—¡Oh, claro! Qué tonto soy. La costumbre británica de los apócopes —se inclinó ante Linda—. Mi nombre es Jan Antonescu, querida señora. Soy viejo amigo de… de Al, y es un inesperado y, puede usted creerme, inmerecido honor conocerla.

—Gracias —atinó a contestar Linda, mareada por tan barroco saludo.

Miraba alternativamente a los dos hombres. ¿Había algún parecido entre ellos? No el que puede haber entre padres e hijos, o entre hermanos, pero… pero sí el que puede haber entre individuos de la misma raza. Según sus sabuesos, Al había llegado doce años antes de la Europa Central.

—¿Es usted irlandés, señor Antonescu?

Él sonrió, entre sorprendido y halagado por la pregunta.

—No, claro que no. Yo, y *madame* Antonescu, somos rumanos. —Hablaba a Linda, pero miraba a Al, como esperando que éste dijera algo. Pero el muchacho permaneció en silencio. En nervioso silencio.

—Bien —continuó el rumano—, ¿qué estamos haciendo aquí? Yo he venido en busca de estrellas de mar, pero no he encontrado ninguna. —Miró a Linda con amplia sonrisa—. Tengo una buena colección de estrellas de mar, querida señora, que sin duda a usted le agradará contemplar.

—Me temo que eso será imposible, Jan —terció de improviso Al —. Linda y yo seguiremos viaje de inmediato.

No era eso lo convenido, pero ella permaneció en silencio. No obstante, hubiera querido aceptar la invitación. Maldito lo que le interesaban las estrellas de mar, pero mucho le interesaba saber algo más sobre quien era nada menos que su propio esposo.

—Tonterías —estaba diciendo Antonescu—. No podéis seguir viaje sin pasar un par de días en mi casa, que es la vuestra.

—No, Jan; lo siento, pero seguimos viaje de inmediato.

Linda miró al rumano. Su cara parecía a la vez más vieja y más firme en su decisión de recibir a la pareja en su hogar.

—No puedes irte sin saludar a Berta —dijo con voz dura—. Al menos, pasaréis el resto del día con nosotros y continuaréis viaje mañana.

—No, Jan; es imposible.

—Pero, Al, ¿por qué no podemos aceptar tan amable invitación? No tenemos ninguna prisa. Podemos seguir viaje mañana.

Al pareció dispuesto a una nerviosa protesta, pero lo pensó mejor y sólo dijo:

—Lo que tú digas, Linda; lo que tú digas.

—Espléndido, espléndido —se frotaba las manos Antonescu—, Berta enloquecerá de alegría ante tan singular sorpresa. No nos demoraremos ni un minuto más; señora, permítame que yo me adelante para ofrecerle mi mano en esa espantosa escalera.

* * *

Dejaron atrás las dunas y atravesaron una zona de marismas; después el terreno se elevaba, aunque sin dejar de ser árido y casi lunar. El sendero por el que transitaban bordeaba la base de una meseta rocosa, cuando Antonescu anunció:

—Tras esta curva está vuestra casa.

Puede que fuera una tremenda sorpresa, pero Linda pensó minutos más tarde que siempre lo había sabido, al menos en lo más profundo de su subconsciente: la casa del rumano, que ahora se ofrecía a su vista, era exactamente igual a la que viera en su sueño.

* * *

—¿Un poco más de café, querida?

—No, gracias.

—Habían comido en el gran comedor cuyo techo, decorado con frescos representando faunos y etéreas ninfas perseguidas por aquéllos, había sido la admiración de Linda. Es una casa antigua, muy antigua —le había susurrado Berta, como quien confía un secreto.

Era una mujer alta, flaca completamente vestida de negro y con un aspecto que hacía pensar a Linda en una médium de experiencias espiritistas. Tendría aproximadamente la misma edad de su marido y era muy solícita y amable, pero la chica intuía un fondo de maldad, bajo esa cobertura.

La comida, aunque improvisada, había sido excelente; la estufa de leños creaba un agradable ambiente, y el café era fuerte y aromático; sin embargo, una vaga sensación de temor se había apoderado de Linda desde que, con sorpresa, con miedo, con horror, descubriera que la casa de los Antonescu, al menos en su aspecto externo, era la misma de su sueño.

Intentó convencerse a sí misma que casas como ésa había visto muchas en las zonas rurales de toda Europa y que el recuerdo de alguna de ellas podía haberse grabado en su mente, pero eso no disminuyó ni un ápice su sensación de temor.

«Es la casa donde Al quería matarme». Pero eso era absurdo, naturalmente. Por otra parte, había sido ella la que insistiera en aceptar la invitación.

Pero Al pudo haberse negado terminantemente, y no lo hizo…

Estaba con la cabeza llena de tonterías. ¿Tendría algo que ver el horroroso licor rumano que Berta tanto había insistido en hacerle beber?

—¿Hace usted misma este licor?

—Debes tutearme, querida, no soy tan vieja…

—Por favor, no ha sido ésa mi intención.

—Lo sé, lo sé. Sólo era una broma. Sí, lo hago yo misma, con hierbas que recogí en mi tierra, en las laderas de los Cárpatos…

—¿De dónde son ustedes?

—De Brasov.

—De donde era el conde Drácula…

Linda alzó la vista. Jan había estado hablando en voz baja con Al durante algunos minutos y parecía no prestar atención a la charla de las mujeres, pero ahora era él quien había hablado.

La muchacha sonrió.

—Pobre Drácula —dijo—. Aterrorizó nuestras noches infantiles y no hace mucho he sabido que, en realidad, fue una especie de héroe nacional.

Miró a sus contertulios. Berta y Jan sonreían, como satisfechos, pero curiosamente, Al se veía molesto y nervioso.

—Sí, del pobre conde Drácula se han dicho demasiadas cosas —sonrió Jan—. Allá en los Cárpatos, la gente es muy crédula. Por las noches cierran bien sus ventanas y puertas, no por miedo a los ladrones, sino a los vampiros. Y siguen poniendo ajo en sus dormitorios, ¿no es cierto, Al, que todavía lo hacen?

El aludido se revolvió molesto en su asiento. Dudó un instante y después se resolvió a hablar.

—Hace pocos meses que he conocido a Linda —dijo—. Aún no he tenido tiempo de contarle mi historia.

Los anfitriones se sorprendieron hasta un extremo que Linda

juzgó exagerado. Berta fue la primera en hablar.

—¿Quieres hacernos creer que no has dicho a Linda que eres rumano?

—No, no se lo he dicho.

—¿Temías que te despreciara por serlo?

Linda creyó que era su obligación intervenir:

—Qué tontería —murmuró—. ¿Por qué habría de despreciarlo por ser rumano? Jan movió la cabeza.

—No se extrañe de ello, Linda. Desgraciadamente, muchos de sus compatriotas nos consideran una raza… inferior.

—¡Eso no puede ser cierto!

—Pues lo es. Especialmente a los que venimos de los Cárpatos, se nos desprecia… Se nos teme.

—Ambas cosas me parecen ridículas. Desde luego, no hay motivos para el desprecio, ¿por qué podría haberlo para el temor?

—Oh, no sé —se evadió Jan—. Supongo que será por aquello de los vampiros…

—¡Pero eso es un invento de Hollywood para asustar a los niños!

No bien acabar la frase, Linda captó un fugaz y tenso intercambio de miradas entre los tres. Los tres… También Al. De pronto, se sintió sola en esa inmensa mansión.

—Hollywood no inventó los vampiros, Linda —era Berta y hablaba con tono persuasivo, como el que se utiliza con los niños desobedientes—. Los vampiros existen.

Linda decidió sobreponerse al temor irracional que comenzaba a apoderarse de ella y volver las cosas a su quicio.

—Al hablar de vampiros, ¿te refieres a esa especie de murciélagos que…?

—Al hablar de vampiros me refiero a los seres humanos, hombres y mujeres, que se alimentan con sangre de otros seres humanos.

En la amplia estancia, la temperatura pareció bajar varios grados, pese a que los leños seguían ardiendo en la chimenea. Inquieta, Linda paseó su mirada entre los otros. Berta la observaba con sus ojos pequeños, de grises iridiscencias; Al esquivó visiblemente su mirada. Fue Jan el que se hizo cargo de la situación:

—Estamos asustando a Linda con nuestras historias —dijo—.

Ahora mismo voy a mostrarle mi colección de estrellas de mar, para que se tranquilice.

En un viejo coche de su propiedad, Jan fue a media tarde hasta El Ancla y el Delfín, volviendo a poco con las maletas de sus huéspedes.

—Yo las llevaré a su habitación —se ofreció el dueño de casa, pero Al se las quitó de las manos.

—Cenaremos dentro de una hora.

—Seremos puntuales.

Les habían asignado dos habitaciones con comunicación interior, situadas en la planta alta, donde se encontraban todos los dormitorios. Una escalera secundaria ascendía desde un extremo del corredor hacia pisos aún más altos, pero los huéspedes no habían sido invitados a visitarlos.

Como en todo el resto de la casa, la decoración de los dormitorios era antigua y recargada. Pesadas camas con alto respaldar de caoba, cortinadas de terciopelo rojo, algo ajadas por el tiempo y armarios con grandes lunas.

Pero cuando Linda se dejó caer sobre un sillón, no estaba con ánimo para contemplar decoraciones. Permaneció en silencio unos segundos, escuchando el rumor de la lluvia golpear contra los cristales de la ventana, y después dijo a su marido, que, arrodillado, se disponía a abrir una maleta:

—Al, vámonos de aquí.

Él, sin incorporarse, se volvió para mirarla.

—¿Irnos? ¿Con este temporal? ¡Estás loca!

—Jan puede llevarnos en su coche hasta El Ancla y el Delfín. No es demasiado lejos.

—No, no lo es; pero con esta lluvia el pésimo camino se habrá convertido en un lodazal. No iríamos más allá de la verja del jardín. —La miró con más atención—. ¿Y por qué quieres irte? —preguntó.

—Porque tengo miedo —se sintió ridícula al decirlo, pero eso era lo que sentía: miedo.

—¿Que tienes miedo? ¿De qué?

—No lo sé. Esta casa… —¿Se confiaría a Al? ¿Por qué no iba a hacerlo si era su marido?—. Al… Esta casa es la casa de mi pesadilla.

Él se incorporó y se plantó frente a ella.

—¿De qué estás hablando?

—La pesadilla que tuve anoche, cuando soñé que querían matarme…

—Sí, sí, la recuerdo. ¿Qué hay con ella?

—Que la casa en que querían matarme era ésta.

Al hizo un gesto de fastidio.

—Querrás decir que se parecía a ésta. Linda, por favor, no empieces con tonterías de histérica…

Ella tuvo que morderse los labios para no contestar con un exabrupto. Era la primera vez que Al le hablaba así.

—¿Histérica? —se limitó a decir—. Pues si yo parezco histérica, los dueños de esta casa…

—Los Antonescu son gente magnífica. Los conozco desde que… —se interrumpió, pero ya era tarde. Linda se lanzó sobre las posibilidades que la frase ofrecía.

—Al, ¿por qué nunca me dijiste que eres rumano?

—Hay muchas cosas que no te he dicho de mí. Y, de todos modos, ahora soy ciudadano británico.

En esos momentos, con la lluvia golpeando furiosamente y el resplandor de los relámpagos llenando de irreal luz la habitación, había algo más urgente que las nacionalidades para Linda.

—Al —dijo—. ¿Si te pidiera por favor, si te rogara, que me sacaras de esta casa ahora mismo, lo harías?

Él la miró desde su altura. En su mirada había dureza, decisión y algo más. Algo que Linda no se atrevió a confesar a sí misma su nombre. Algo que ella nunca antes descubriera en él.

—No, Linda —estaba diciendo Al—, aunque me lo pidieras de rodillas, no te sacaría de esta casa.

CAPÍTULO IV

El café se sirvió en el salón. Linda no había estado antes en él y, pese a las aprensiones que la dominaban cada vez en mayor medida, no pudo dejar de admirar la decoración de la estancia. Una inmensa araña de caireles colgaba del techo que, como el del comedor, estaba decorado con frescos. Pero aquí no había faunos persiguiendo a ninfas, sino escarpados picos e insinuaciones de castillos y cruces extrañas. En realidad, todo el conjunto era extraño, decidió la chica. Y ello no contribuyó precisamente a tranquilizarla.

—¿Admirando nuestro techo? —le preguntó, con su melosa voz de siempre, Jan.

Ella asintió con la cabeza. No tenía interés en continuar el tema, pero sí lo tenía el anfitrión.

—Los frescos del comedor fueron pintados por algún, para nosotros, anónimo artista. Ya estaban cuando compramos la casa —hizo una pausa y después, con amplio gesto, señaló los castillos y las cruces—. Estos, en cambio, son obra de mi mujer.

—Ignoraba que Berta pintase.

—Oh —rió Jan—, Berta tiene muchas cualidades que tú ignoras.

La mujer terció en la conversación. En fugaz mirada a Al, Linda se sorprendió al verle nervioso y molesto. Pensó que, de seguir así, derramaría sobre sus piernas el contenido de su taza de café.

—… larga historia —estaba diciendo Berta, cuando Linda volvió su atención a ella—. Una historia que Bela conoce muy bien…

—Al, querida. Debes decir Al —corrigió su marido.

Linda decidió intervenir.

—¿Era Bela tu nombre rumano, Al?

El aludido asintió con la cabeza.

—¿Por qué lo cambiaste?

—Bela no es un nombre muy británico —se evadió él y ella no insistió.

—Como te dije, Linda —seguía Berta—, nosotros somos de Brasov. Una tierra extraña, de escarpadas montañas, oscuros y estrechos valles, días muy cortos y noches interminables. Allá se cuentan muchas historias en las largas noches. Historias de muertes, de fantasmas, de apariciones…

—También se cuentan historias como ésas en las noches inglesas —se defendió Linda.

—No es lo mismo, querida. Inglaterra es supercivilizada, a pesar de Jack el Destripador y el monstruo del lago Ness. Los Cárpatos, en cambio, es todavía hoy una región semisalvaje. ¿Me creerás si te digo que hay bosques en los cuales no ha entrado nunca un ser humano?

—Siempre que no consideres humanos a los… —interrumpió Jan, siendo de inmediato interrumpido, a su vez, por Berta.

—Por supuesto que no considero humanos a los adictos…

—¿Adictos? —se sorprendió Linda, que pensaba en drogas al oír la palabra.

—Llamamos adictos —explicó Jan— a los humanos iniciados.

—Iniciados en el culto de la sangre —completó su mujer.

Linda la miró. Parecía transfigurada. Sus ojos contemplaban embelesados las pinturas del techo y había como una actitud extática y religiosa en toda ella.

De pronto, la muchacha se sintió cansada de todo lo que estaba ocurriendo. «Parece un montaje escénico —pensó—. Un montaje escénico preparado para asustarme. ¿Con qué finalidad?». Tuvo que confesarse que no lo sabía. Pero algo le preocupaba más que todo eso. ¿Qué papel jugaba allí Al? ¿Por qué mantenía un pertinaz silencio y se mostraba como atemorizado ante esa pareja de grand guignol? Se puso de pie.

—Lo siento —dijo—. Estoy muy cansada. Me voy a dormir.

Pudo sentir la sorpresa de los otros tres, como si de una corriente eléctrica se tratara.

—Pero si acabábamos de comenzar la velada… —se quejó Jan.

—Quería contarte la historia de esas pinturas —dijo Berta.

Linda esperaba las palabras de Al y, esta vez, su marido habló.

—Me parece una descortesía, Linda.

Pero ella estaba decidida.

—Estoy segura que Berta y Jan sabrán disculparme. Además, los tres tendréis mucho de que hablar.

Berta se puso de pie. Por un instante, Linda temió que le impidiera salir del salón, pero de inmediato la anfitriona la sacó de su error.

—De acuerdo, querida. Ve a descansar, si lo deseas. Pero no permitiré que desprecies una última copita de mi licor de hierbas.

Realmente, hubiera sido excesiva descortesía rechazar la invitación. Berta sirvió cuatro copas y hubo un leve chocar de todas, a guisa de brindis. De un trago, Linda bebió el contenido de la suya y, dando las buenas noches, abandonó la estancia. No se le ocurrió comprobar si también los otros habían bebido.

Cuando Linda subió a su habitación, no pensaba en nada más que en sustraerse al morboso ambiente que siempre se creaba alrededor de los Antonescu pero, cuando cerró la puerta tras de sí, otra idea se formó en su mente, convirtiéndose de inmediato en imperiosa necesidad: Huir.

Sí, escapar de esa casa extraña y de sus aún más extraños moradores. Nada le habían hecho, pero intuía que el mal se cernía sobre ella, dispuesto a aniquilarla cuando el momento llegara. ¿El momento de qué? No podía saberlo, ni quería quedarse para averiguarlo.

¿Y Al? ¿De qué lado estaba Al?

No tenía respuesta para esa pregunta. La actitud de su marido era ambigua. Trataba con una deferencia que casi era temor a los Antonescu y se irritaba contra ella.

«No es el Al de siempre».

¿Cuál era, en realidad, el Al «de siempre»? Ella no podía saberlo. Sólo hacía unos meses que le conociera en aquella tranquila carretera, que ahora parecía tan lejana en el tiempo y en el espacio.

«Tengo que irme de aquí. Quiero a Al tanto como le quería ayer o un mes atrás, pero siento que corro un peligro cuya naturaleza desconozco y que, tal vez por eso mismo, me aterra todavía más. No sé si se trata de mi dinero o de… o de mi sangre, pero intuyo que los Antonescu quieren hacerme mal».

«¿También Al querrá hacerme mal? No lo sé. Quiero creer que

no, pero es evidente que no se atreve a enfrentarse a ellos. ¿Habrá algo terrible en su pasado que los Antonescu conocen y le hacen víctima de chantaje por ello?».

No se quedaría a averiguarlo. Ni siquiera eso, de lo cual podía depender su futuro.

«Al sabrá que he ido a refugiarme a El Ancla y el Delfín. Si realmente me quiere, irá a buscarme allí».

En un instante se quitó el vestido y se vistió con un grueso jersey y pantalones, cubriéndose con el chaquetón que usara esa misma mañana, cuando encontraron a Antonescu por casualidad.

¿Por casualidad?

No tenía tiempo para responder preguntas. Si le era posible, se apropiaría del coche de los dueños de casa. Seguía lloviendo furiosamente, pero el camino no era tan malo como Al intentara hacerle creer; podría llegar hasta la posada fácilmente. Si no podía hacerse con el coche, iría andando hasta la granja más próxima.

Fue hasta la puerta y asió el tirador. Pero la puerta no se abrió.

La habían cerrado con llave por fuera.

* * *

El hecho aumentó su miedo, pero no la sorprendió en absoluto. En realidad, venía a ser una confirmación objetiva de sus temores.

Corrió a la ventana. Pudo abrir sin dificultad las portezuelas, pero las persianas de fuerte madera resistieron con total éxito sus intentos de abrirlas.

La puerta interior que comunicaba con la habitación de Al…

Se acercó sigilosamente a ella, pero no llegó a tirar del pomo porque oyó voces en la estancia contigua. O tal vez no fueran voces, sino el sonido del viento filtrándose por las viejos ventanales.

Se echó sobre la cama, pero el sonido de lo que parecían ser voces aumentó, por lo que se levantó de un salto —¿o le pareció que se levantaba?— y aplicó el oído al ojo de la cerradura de la puerta de comunicación interior.

—Matarla… —le pareció oír.

Silbidos del viento, risas histéricas, voces confusas. El licor de hierbas de Berta…

Estaba echada sobre la cama y se agarraba la cabeza con ambas

manos. ¿Había escuchado realmente esa voz o todo era una pesadilla? ¿Antes había estado despierta y ahora estaba dormida o era al revés?

«Matarla», había oído decir ella. Y había sido la voz de Al la que pronunciara la terrible palabra.

¿O todo era un sueño?

CAPÍTULO V

Ya no podía quedarle duda alguna. Lo que tanto temiera, lo que sus abogados y consejeros tanto le habían dicho, era verdad. Al se había casado con ella por su dinero, y ahora que ella había sido lo suficientemente tonta como para poner a su nombre una suma impresionante, él se disponía a deshacerse de ella.

Echada sobre el gran lecho, Linda se mordía desesperadamente los dedos, para contener el torrente de lágrimas que pugnaba por escapar de sus ojos.

La historia de siempre… La rica treintañera trastornada de amor por el guapo camionero. ¡Y para caer en éste había resistido ella con tanto esfuerzo y tan buen éxito los embates de decenas de cazafortunas durante todos esos años!

Pero no era tiempo de autocompasión, sino de intentar de cualquier modo la huida.

«Tengo sueño, mucho sueño…».

«Vamos. Con estar aquí echada no gano nada. Soy una muchacha británica y estamos en 1982. Basta de temores tontos y a escapar de aquí como sea».

Intentó levantarse, pero no lo consiguió. Una especie de parálisis motora se había apoderado de ella. Podía pensar y ver, pero no moverse.

«Inténtalo nuevamente. Estás asustada, estás nerviosa, y eso te hace pensar que no puedes moverte».

Volvió a intentarlo, con el mismo negativo resultado de la vez anterior.

«Es inútil. No puedo moverme. Y tengo sueño, cada vez más sueño…».

«No cierres los ojos».

Pero los ojos se le cerraron solos.

«El licor… Esto es efecto del licor…», llegó a pensar y se hundió en los abismos de la inconsciencia.

* * *

Los vampiros caían sobre ella. Unos eran pequeños, como niños de muy corta edad, en tanto otros eran hombres y mujeres adultos. Algunos, completamente desnudos, bailaban una danza obscena.

Linda quiso gritar en demanda de ayuda, pero recordó que todos los de la casa estaban confabulados para matarla.

«Sorberán lentamente mi sangre», se dijo. ¿Cuánto tardaría en morir? Vamos a ver: un ser humano adulto tiene aproximadamente cinco litros de sangre. Si un vampiro puede sorber un centímetro cúbico por minuto…

Se deslizaba velozmente por la cuesta. Sólo tenía dieciséis años y el instructor de aquí era muy guapo. La nieve era blanca. No, la nieve era roja. La nieve había sido teñida de rojo por la sangre de las víctimas de los vampiros.

Un concierto en el Covent Garden. Linda lucía un vestido largo, muy largo, tachonado de diamantes que eran estrellas fugaces. «Me desnudaré ante ti, querido Al, porque hay que estar desnuda para que tus dientes muerdan mi cuello y la sangre roja de mis arterias fluya».

La sangre venosa se purifica en los pulmones. ¿Qué sangre preferirán los vampiros, la limpia o la sucia?

«No debe casarse nunca, *miss* Merrivale». «¿Por qué, Lortley?». «Porque su marido es un chupasangre». Un chupasangre, tenía gracia. Linda sintió ganas de reír a carcajadas, pero el sumo sacerdote salía en ese instante del espejo e imponía silencio con un gesto firme de su mano.

El sumo sacerdote era el señor Antonescu. Tras él venía la… ¿cómo se llamaría? ¿Suma sacerdotisa? Linda sintió que su cuerpo se convulsionaba de risa. «Suma sacerdotisa»… Bueno, se llamara cómo se llamase, tras el señor Antonescu venía la señora Antonescu.

«Es una walkiria», pensó Linda. Estoy en la Opera de París, viendo una representación de «Las Walkirias». Ahora viene la escena de la cabalgata.

—Hay que prepararla para la ceremonia —dijo la walkiria.

—Aún es pronto —contestó el sumo sacerdote, inclinado sobre Linda.

«Aún es pronto. No podéis salir al patio hasta que suene el timbre. No hay recreo, si no suena el timbre». «¿Y si el timbre no sonara jamás?». «Entonces tendríais que quedaros aquí para siempre jamás. Aún es pronto».

Los vampiros viajaban en autocar para realizar una visita a la tumba de los padres de Linda. «Yo puedo guiaros, conozco el camino de la tumba».

Al abrirse la tapa del ataúd, el conde Drácula comenzó a incorporarse con movimientos de juguete mecánico. «Es una especie de héroe nacional», dijo el presidente del consejo de administración, y todos se pusieron respetuosamente de pie. Los soldados desfilaban al son de pífanos y tambores y la multitud coreaba «God save the Queen».

El sumo sacerdote y la suma sacerdotisa se retiraban lentamente. Al sostenía el cuchillo ritual. «Yo haré brotar la sangre de su cuello», decía riendo.

Al desaparecer por el espejo, el sumo sacerdote y la suma sacerdotisa se volvieron para mirarla.

—Pronto será tiempo —dijo la suma sacerdotisa.

* * *

El sudor cubría el cuerpo de Linda. Gracias al fuego que ardía en la chimenea, la temperatura del cuarto era agradablemente cálida, pero no era ella la responsable del sudor de la chica.

Se sentía mal, muy mal. Tenía ganas de vomitar, pero una opresión en la garganta le impedía hacerlo. Además, estaba tirada en el fondo de un lóbrego pozo. Si pudiera salir a la superficie…

En la superficie todo sería distinto. Podría respirar a sus anchas y hasta vomitar, si lo deseaba.

Tenía que sacar la cabeza fuera del agua o moriría asfixiada. «No hay tiburones en el British Channel». Pero el problema no eran los tiburones, sino poder respirar. Una brazada más… Otra…

Una bocanada inmensa de aire llenó los anhelantes pulmones. Linda abrió los ojos.

«Estaba nadando…».

Se incorporó, apoyándose sobre los codos.

«¿Dónde estoy?».

De pronto, todo volvió a su memoria. Los Antonescu y sus historias de vampiros y el maldito licor de Berta. Todo había sido un sueño, claro.

¿Todo?

¿También Al empuñando un cuchillo, dispuesto a matarla?

¿Y los Antonescu, con sus extrañas vestiduras saliendo del espejo y volviendo a entrar en él?

Saliendo y entrando a través de espejo… ¡Eso era ridículo! Parte del sueño, sin duda. Extraído, obvio era mencionarlo, de las lecturas infantiles de «Alicia a través del espejo».

Miró en tomo.

«Ese era el espejo».

Estaba mirando la luna del armario. Bah, se trataba de un sueño inducido o, al menos, favorecido por las malditas hierbas de Berta. Ahora tenía asuntos más urgentes para ocupar sus pensamientos.

Escapar. Escapar de esa habitación y de esa casa.

¿Dónde estaña Al? ¿Por qué no acudía en su ayuda?

«No, Al no acudirá en mi ayuda. Al me ha traído aquí para que otros se encarguen de la faena que él no se atreve a realizar: matarme».

Podía ser todo lo doloroso que se quisiera, pero era mejor enfrentarse a la realidad: Al quena su muerte. «Matarla», había dicho y ella misma lo había escuchado.

«Fui yo la que quiso permanecer en Knight's Town».

Esto no probaba nada. Había sido Al quien sugiriera recorrer Irlanda y había sido Al quien dijera «Knight's Town, bonito nombre. Vamos a darnos una vuelta por ese pueblo». Y había sido Al quien dijera de bajar a la cala donde estaba Antonescu.

Y, lo último y lo más importante: había sido Al quien se negara a dejar esta maldita casa cuando ella le rogó que la sacara de allí.

«Es inútil intentar disculparlo, Linda. Él será el responsable de todo lo malo que te ocurra».

Pero tampoco eso era lo más urgente ahora; lo más urgente era

huir.

Secó el sudor de su cara y cuello con una punta de la sábana que se veía bajo el cobertor y saltó de la cama.

Las dos puertas y las persianas seguían estando cerradas. Nada podía hacerse.

Buscó con la vista algo que pudiera servirle de arma. No había cortapapeles, ni candelabros. El atizador…

Cogió el pesado instrumento y, dejándolo al alcance de su mano, se sentó en el sillón que ocupara cuando su conversación con Al.

¿Dónde estaría Al?

Era evidente que no quería matarla con sus propias manos. Esto tenía su lógica, ya que siempre el marido es el primer sospechoso cuando la esposa ha sido asesinada. «Y mucho más lo será en este caso concreto», pensó Linda con amargura. Hasta podía leer los titulares de los periódicos: «Rica heredera asesinada por su esposo camionero». Todo chabacano y horriblemente vulgar…

«Vulgar o no, quiero seguir viviendo».

La pesadilla que acababa de tener volvió a su mente. ¿Habría sido todo invención de su cerebro, activado por el brebaje de Berta?

Comenzó a desbrozar recuerdos. Desde luego, todo lo referido a conciertos en la Opera de París, autocares para visitar la tumba de sus padres y esquí en Suiza, había sido sueño, irrealidad, pero ¿lo habrían sido también las apariciones de Al y los Antonescu?

«El sumo sacerdote y la suma sacerdotisa». ¿Por qué había jugado su mente con esas palabras? Tal vez porque realmente había visto a la siniestra pareja con ropajes extraños que le recordaron vestiduras religiosas.

Y Al, con el cuchillo presto a matarla, ¿también habría visto a Al? ¿También eso sería real?

“Tienes que tranquilizarte, Linda. Al fin y al cabo, puede que todo no pase de ser fruto de tu mente calenturienta, mezclada con licor rumano”.

En realidad, nada malo le había ocurrido. Cierto que las puertas y ventanas estaban cerradas por fuera y no solían proceder de tal forma los anfitriones con sus invitados, pero eso por sí solo no era una prueba fehaciente de que quisieran matarla.

“Yo les he oído hablar”. Intentó recordar con exactitud las palabras que oyera tras la puerta. Jan había dicho: “Ahora”; Berta,

algo que no recordaba, y después: “No hacerle ningún daño”. Al, de esto desgraciadamente no cabía la menor duda, había dicho: “Matarla”.

“Dejemos de lado a Al; las palabras de Berta indican claramente una actitud protectora hacia mí”. Esto abría renovadas esperanzas. “Puede que los Antonescu no sean más que inofensivos chiflados adoradores del Demonio, o algo por el estilo”.

Pero Al había hablado de matar.

Rebusca en su memoria las frases que oyera durante su estado de inconsciencia, que no podía definirse exactamente como sueño. Pero esto era más difícil. Las palabras, y hasta las imágenes, se ofrecían confusas y desdibujadas a su mente.

Sólo una frase destacaba con nitidez entre el amorfo magma: “Aún es pronto”.

¿Pronto para qué?

“Pronto para matarme…”.

El llanto, el convulsivo e irrefrenable llanto hizo inesperada aparición. Linda no intentó contenerlo esta vez, porque era incontenible. Lloró y se sacudió en convulsivos espasmos, arañando con sus uñas el tapizado del sillón. «¡Tengo miedo; oh, Dios mío, qué miedo tengo! ¡Quiero irme de aquí!». «¡Dejadme salir!». Corrió hasta la puerta que daba al corredor y la golpeó con sus puños y la pateó con sus zapatos.

Cuando comprendió que sus nudillos se despellejaban y los tobillos corrían peligro de fractura, volvió a la realidad y a la calma.

«Si de verdad intentan matarme, tendré que pensar muy fríamente, si quiero salvar la vida».

Extrajo un cigarrillo y el mechero de su bolso, olvidado sobre una mesita; exhaló una nerviosa bocanada de humo y volvió a sentarse en el sillón; junto al atizador, que seguía en el sitio en el que ella lo dejara.

«Tienes una mente lógica y organizada, Linda. Al menos, eso es lo que siempre te dicen los integrantes de tu consejo de administración. Pues ha llegado el momento de ponerla a prueba».

Partió de la base que existía una confabulación para asesinarla. Que los tres estaban de acuerdo en ello, sin entrar a considerar las motivaciones que les impulsaban, porque lo importante era tratar de salvar la vida y no hacer disquisiciones filosóficas.

Supuso que todo lo que creyera ver lo había visto realmente. Era sólo una hipótesis de trabajo, pero que juzgó la más conveniente. Por lo tanto, los Antonescu habían realmente entrado en la habitación y Al había realmente alzado su cuchillo contra ella. Aceptado todo esto, había que aceptar también que la frase «Aún es pronto», había sido dicha. Y la consecuencia era más que obvia; Volverían cuando fuera la hora.

¿Qué hora podría ser ésa? Consultó su reloj: las doce menos diez.

Las doce de la noche. Medianoche. La hora de brujos y posesos…

También sería una buena «hipótesis de trabajo» suponer que volverían a las doce.

Eso sólo le dejaba diez minutos.

¿Por cuál de las dos puertas habrían entrado? Saberlo le permitiría tomar posiciones con el atizador. Tal vez no lograra hacer mucho, pero la confusión que indudablemente se produciría ante el inesperado ataque, podría darle oportunidad de huir.

La elección de la puerta se tornó un problema insoluble. ¿Cómo saber por cuál de las dos? Claro que en el sueño los había visto entrar a través del espejo, pero eso era una tontería…

El espejo…

Se levantó de un salto y en dos zancadas se plantó ante el espejo del armario.

Se trataba de un mueble antiguo, grande y pesado. Tenía tres puertas verdaderas y el espejo, que ocupaba el lugar correspondiente a una cuarta puerta.

Intentó abrirlo, con resultado negativo. Buscó en sus bordes y más allá de ellos algún resorte que pusiera en funcionamiento un mecanismo, pero sin hallarlo. Entonces abrió la puerta situada a la derecha del espejo y se introdujo en el mueble. Como lo esperaba, un tabique de madera separada al compartimento correspondiente a la puerta que acababa de traspasar, y separaba el recinto así creado del que hubiera correspondido a la parte posterior del espejo. Golpeó el tabique: sonaba a hueco. No necesitó más. Regresó a la carrera hasta el sillón, se apoderó del atizador y volvió a introducirse en el armario. La madera del tabique resistió el primer golpe, pero no el segundo ni el tercero. Pronto Linda tuvo ante sí un

espacio suficiente para pasar por él.

Porque, como lo imaginara, tras el espejo sólo había un hueco que parecía prolongarse más allá de la pared contra la que se apoyaba el armario.

Cuidando de no lastimarse con las astillas del tabique, se introdujo en el hueco. Estaba en un auténtico pasadizo, que descendía abruptamente y estaba completamente a oscuras. Pero este grave inconveniente no podía Linda solucionarlo. Ni linterna, ni una simple vela estaban a su disposición.

El mechero…

Volvió a salir y se hizo con el mechero, que había devuelto a su bolso, tras encender el cigarrillo.

Entonces la fragilidad de su naturaleza femenina volvió a apoderarse de ella. «¿Adónde conducirá ese pasadizo? Tengo miedo». Maquinalmente consultó su reloj: Tres minutos para las doce. Eso la tranquilizó de inmediato.

Su corazón siguió latiendo a ritmo sincopado, pero ella volvió a atravesar el orificio que abriera en el tabique, esta vez empuñando en una mano el atizador y llevando en la otra el mechero encendido.

Hasta donde la frágil llama alumbraba, sólo se veía un estrecho y bajo pasadizo, de techo abovedado y piso de piedra. Vacío, completamente vacío. Comenzó a avanzar muy lentamente por él. Se le ocurrió pensar que, si sus enemigos la descubrían, no tendría ninguna oportunidad, ya que la estrechez y escasa altura del pasadizo imposibilitaban todo intento de defensa. Por un segundo pensó en volver atrás, a su posición de defensa activa tras una de las puertas, pero desechó la idea. Aquello era tan difícil como lo fuera en tiempos huir de Dartmoor; esto ofrecía, al menos, la esperanza de la desconocido.

Alzó la luz del mechero, para ver más lejos. Algo cerraba el camino. Semiagachada, como siempre lo había estado, aceleró la marcha. Volvió a alzar la luz: se trataba de una puerta de hierro, con una ancha mirilla con barrotes en su parte superior. Si estaba cerrada con llave…

No lo estaba. Cedió a la presión de su mano sobre la argolla que servía de tirador.

Con máxima precaución, avanzó un par de pasos. Ahora se

hallaba en una estancia cuyos límites no alcanzaba a ver.

Alzó el mechero sobre su cabeza. Así pudo ver algo más. Se trataba de una gran habitación con paredes, piso y techo de piedra, en cuyo centro se hallaba una larga mesa rectangular, también de piedra. «Parece un altar», pensó Linda.

Pero no pudo seguir pensando porque, primero un sonido y después una visión, dejaron su mente en blanco.

Y se hundió en las tinieblas.

CAPÍTULO VI

—¡Berta! ¿Has visto a Linda?

—¿A Linda? No, dijo que se iba a dormir.

—No está en el cuarto.

La mujer miró a Al muy sorprendida.

—No lo entiendo, parecía muy cansada…

El muchacho lanzó a Berta un dura mirada.

—No me gusta esto —mascculló.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

—Bela…

—Al.

—Al o Bela, lo mismo da. ¿Cómo puedes pensar que nosotros…?

—¿Dónde está Linda?

La rumana parecía sinceramente indignada.

—¿Cómo puedo saberlo? Jan, tú y yo hemos estado juntos desde que ella se fue del salón hasta hace unos pocos minutos…

Al tuvo que convenir para sí mismo que eso era cierto… aunque no del todo.

—Tú dejaste el salón durante un momento —acusó.

—Es cierto. Cerré por fuera la puerta de vuestra habitación.

Él la miró sorprendido.

—Sí, es cierto… La puerta estaba cerrada con la llave puesta en la cerradura por el lado de afuera. ¿Por qué lo hiciste?

—La chica estaba asustada. Nos temía, eso era evidente. Quise impedir que huyera. Con este temporal hubiera sido muy peligroso para quien no conoce estos parajes —hizo un gesto de impaciencia —. Pero creo que lo que debemos hacer es buscar a Linda y no seguir perdiendo tiempo en acusaciones estúpidas.

—Berta, si tú o Jan…

—Vamos a buscar a Linda —interrumpió Berta, poniéndose en marcha. Aunque con sus facciones crispadas, Al se avino a seguirla.

Entre los dos se repartieron la gran casa, sin que a ninguno se le ocurriera revisar el dormitorio, al que el muchacho sólo echara una rápida ojeada en su primera visita. Cuando, tras casi una hora de inútil búsqueda, se decidieron a despertar a Jan, éste, aún entre las brumas del sueño, murmuró:

—El espejo… ¿Habéis mirado en el espejo?

Berta se dio un golpe en la frente.

—Qué tonta he sido —dijo—. Debí recordar el espejo. Aunque es muy difícil que Linda haya podido…

—¿De qué estáis hablando? ¿Qué es eso del espejo? —se impacientó Al.

—Existe un pasadizo secreto que une la casa con una antigua cripta —explicó Jan, mientras se apresuraba a ponerse una gruesa bata—. Se accede a él por el espejo del armario de vuestro cuarto.

Al sintió que una oleada de enfurecida sangre ascendía a su rostro.

—Si algo le ha sucedido a Linda…

Los dos le miraron con expresiones indignadas que podían tomarse como auténticas.

—¿Cómo se te ocurre pensar que podríamos haberle hecho algún daño a tu esposa? —habló Berta por los dos.

—Ella ha desaparecido y ahora me salís con esta historia del pasadizo y la cripta. Es mucha coincidencia. No he olvidado los Cárpatos…

—¡Basta, Bela! —cortó Jan—. No es tiempo de discusiones, sino de encontrar a tu esposa.

La destrucción de la pared del armario les confirmó que estaban en la buena pista.

—Pero Linda no puede haber roto esta madera con sus manos —observó Al.

—Se ha servido de algún instrumento —dijo Jan y miró a su alrededor. De inmediato señaló la crepitante chimenea—. El atizador. No está. Con eso destruyó el tabique.

—No perdamos tiempo —exigió Al, introduciéndose por la abertura.

Jan se enfrentó al espejo, oprimió invisibles resortes con ambas manos y la superficie giró suavemente sobre sí misma, dando paso al descendente conducto. En él esperaba Al.

—Habrá que buscar una linterna —dijo.

—Si, tienes razón. Iré yo a buscarla —era Berta, un par de minutos más tarde, regresó portándola.

Empuñando la linterna, Al abrió la marcha, seguido por la pareja.

—Encontraremos una puerta —estaba diciendo Jan, cuando la puerta apareció ante el muchacho. Estaba cerrada, pero pudo abrirla sin esfuerzo.

—Esta es la cripta —anunció Berta, cuando llegaron al recinto con la mesa de piedra. Al paseó el haz de luz a derecha e izquierda, rodeó la mesa-altar y llegó hasta la pared opuesta, sin encontrar rastros de Linda. Pero el pie de Berta sí encontró algo que pasara desapercibido a la búsqueda del muchacho.

—¡Al, ilumina aquí!

Era el atizador.

—Linda ha estado aquí…

Jan hizo un gesto dubitativo con sus manos.

—Es lo más posible, desde luego, pero no nos consta que haya sido ella la que destrozara el tabique del armario con el atizador —dijo.

Al se impacientó.

—Dejémonos de buscar explicaciones esotéricas, a las que sois tan aficionados. Por los motivos que sean, Linda destrozó el tabique con el atizador, se introdujo en el pasadizo y llegó hasta aquí. Supongo que habrá otra salida…

La luz de la linterna volvió a pasearse nerviosamente por las paredes, pero se inmovilizó tras las palabras de Jan:

—No la hay. Sólo se puede llegar aquí por el camino que nosotros acabamos de utilizar.

—¿Que no hay otra salida? —la voz de Al sonaba aterrada—. Pero Linda no puede haberse volatizado…

Jan le palmeó un hombro.

—Tranquilízate —dijo—. Linda pudo haber llegado hasta aquí y, viendo que esto no conduce a ninguna parte, habrá regresado a la habitación.

Esto era harto insuficiente para calmar al excitado Al.

—Berta y yo hemos revisado la casa desde el altillo al sótano y Linda no está en ella. Las dos puertas, la principal y la de la cocina, están cerradas por dentro, lo que significa que tampoco pudo haber salido al exterior. Y no puede haber desaparecido en el aire…

—A veces ocurren cosas extrañas —dijo Berta—, que las leyes físicas no pueden explicar…

Al estalló.

—¡Desconfío de vosotros! Pero os juro que si habéis hecho algún daño a Linda…

La mujer le interrumpió.

—Hemos estado siempre juntos, Bela, no lo olvides.

Excepto cuando subí a cerrar la puerta, pero sólo fueron un par de minutos.

—¿Por qué habríamos de hacer algo a Linda? —preguntó Jan, agregando en tono seco—: Tenemos suficiente dinero para vivir y, por otra parte, en nada nos beneficiaría la muerte de la muchacha. Ni una libra iría a parar a nuestras manos…

—¿Qué estás insinuando?

La oscuridad y el frío húmedo que parecía emanar de las paredes de antiquísimas piedra, lo dominaba todo; sin que la luz de la linterna, que bailoteaba a compás de los nervios de quien la sostenía, lograra borrar la impresión entre lúgubre y absurda de la escena.

—Yo no insinúo nada. Tú nos acusas y yo explico que el dinero de Linda nunca sería para nosotros.

—No sólo se mata por dinero en los Cárpatos.

—Esto es Irlanda, Bela.

—Donde estéis vosotros, siempre será los Cárpatos. Y Transilvania. Y… todo lo demás.

—Deja de decir tonterías, Bela. Aquello nada tiene que ver con tu esposa.

—Pero ella ha desaparecido y alguien tiene que ser culpable de esa desaparición.

—¿Por qué tenemos que ser nosotros esos culpables? —era Berta y su voz sonaba acusadora.

Al recogió el guante.

—Yo quería… yo quiero a mi esposa. La quiero mucho.

—No lo dudo, Bela. Pero tú, según nos has contado, eras pobre hasta que te casaste con ella. Y, por lo visto, se trata de mucho dinero. La tentación debe ser terrible en tales casos… —Jan no acusaba, su voz era más bien comprensiva.

—No la he matado —casi gritó Al, y la bóveda sobre su cabeza hizo eco a las palabras—. Aunque hubiera querido hacerlo, no he tenido oportunidad.

—Sí, la tuviste, Bela —ahora Berta hablaba en tono amable—. Pasó más de un cuarto de hora desde que te despediste de nosotros hasta que bajaste a anunciarme la desaparición de Linda.

Hubo una fracción de segundo de silencio y después dijo Al:

—Camino de la escalera descubrí la biblioteca, no la había visto antes y no pude resistir la tentación de echar un vistazo a los libros.

—No vi la luz cuando subí a mi cuarto —comentó Jan.

—Cerré la puerta para que la luz no os molestara.

—Eres muy considerado… —el tono de Jan era burlón, pero el muchacho no le prestó atención.

—Voy a llamar a la policía —anunció, encaminándose hacia el pasadizo.

—La policía no es… —comenzó a decir Jan, pero Al ya no podía oírle.

* * *

—No veo nada claro en todo esto.

El sargento Patrick Finn se caracterizaba por su tendencia a no ver nada claro, aunque de un simple robo de gallinas se tratara. Pero esta vez no le faltaba razón a su oscuridad mental. Había interrogado a los tres ocupantes de la casa durante horas, sin que ninguno de ellos cayera en alguna de las trampas que él tan hábilmente sabía tender a sus sospechas. Como jefe del destacamento policial de Knight’s Town, tenía amplias atribuciones para actuar como mejor supiera y deseara, dentro de los límites de su demarcación, pero su sentido de la responsabilidad le había sugerido la conveniencia de solicitar ayuda a la delegación de la Brigada de Investigación Criminal más próxima, es decir, la de Killarney. Y allí estaba ante él, en esa

mañana fría y ventosa, pero sin lluvia, el detective inspector Sean O'Flannagan,
con ese aire de sabelotodo propio de los jóvenes que ingresaban en el cuerpo tras licenciarse en la Universidad.

—Es lógico que no vea claro el asunto, sargento. La investigación está en sus comienzos. Pero hay algo que quiero preguntarle, ¿por qué ha solicitado la intervención de la BIC, si no ha habido crimen?

—Yo estoy seguro que lo ha habido.

—No dudo de su buen olfato —sonrió Sean—, pero hasta que no aparezca algún cadáver…

—¿Y la mujer desaparecida?

—Eso, en todo caso, corresponde a Personas Desaparecidas. Pero no vamos a discutir el punto. El jefe me ha autorizado a colaborar con usted… en forma más bien extraoficial, supongo, y yo lo haré con mucho gusto. Además de tomar declaración al marido y los dueños de la casa, ¿qué otras cosas ha hecho usted, si puedo preguntárselo?

—Claro que puede. Telefoneé a Scotland Yard por las impresiones digitales de la desaparecida, y por si pueden aportar algo de interés, y tengo al muchacho del laboratorio…, bueno, no es en realidad un laboratorio lo que tenemos aquí, pero algunas cosas podemos hacer, buscando huellas en el atizador. Revisamos la casa de punta a punta, naturalmente, sin que viéramos nada digno de —mención. Lo que le dije al principio, nada de evidencias, nada de contradicciones entre los declarantes, nada de nada…, pero esos Antonescu son los asesinos.

—Usted ya tiene asesinos y yo ni siquiera tengo víctima. ¿Por qué sospecha de los Antonescu?

El sargento pasó de un pie a otro el considerable peso de su cuerpo antes de contestar.

—Verá —dijo finalmente—, Knight's Town es un pueblo muy pequeño, donde todos nos conocemos…

Un joven guardia entró en la pequeña oficina del sargento portando dos tazas de humeante té sobre una bandeja. A la vista de ellas, Finn se sentó en su chirriante sillón.

—Ya tienen azúcar, sargento.

—Gracias, Tom, déjalas sobre el escritorio y llévate la bandeja,

no la necesitamos —el muchacho hizo lo que se le ordenaba y dio media vuelta para marcharse—. ¡Oye! —le detuvo Finn—, que se me informe no bien se sepa de las huellas…

—Ya hemos recibido las huellas dactilares de la desaparecida.

—Estupendo, ¿aún no ha terminado Ben?

—No, le informará él mismo no bien termine.

—Que sea pronto —el subordinado salió y el sargento retomó el hilo de su disertación.

—Como le decía, este pueblo es muy pequeño y todos nos conocemos. Cuando los Antonescu se instalaron aquí, hace unos dos o tres meses, todos nos preguntamos cuál podía ser el motivo por el que unos tíos tan distinguidos y con dinero podían venir a enterrarse a este agujero…

—Oiga, Knight's Town es un precioso lugar…

—Sí, para un fin de semana de pesca o de romanticismo. El amor entre el rugido del huracán, las olas chocando enfurecidas contra las rocas, y todo eso. Pero no para vivir. Y los Antonescu no sólo vinieron a vivir aquí, sino que compraron a demasiado buen precio la casa de la viuda Fitzgerald, que estaba vacía desde hace por lo menos veinte años. Una excelente casa, pero que ninguna mujer en su sano juicio querría porque…

—¿Qué le lleva a sospechar de los Antonescu? —O'Flannagan conocía desde tiempo atrás al sargento y temía sus excesos verbales.

—Son gente extraña…

—Eso no es motivo…

—Déjeme continuar —Finn gustaba de hablar sin ser interrumpido—. Cuando digo «gente extraña», quiero decir muy extraña. Gente que hace cosas raras. Nada ilegal, pero…

—¿Pero qué?

Finn pasó por alto la pregunta.

—Primero la gente de aquí pensó que serían espías comunistas, pero después se enteraron de que los rumanos no son comunistas…

—Sí lo son.

—Bueno, pero no tan comunistas como los otros, los checoslovacos, búlgaros y todo eso. Con el correr del tiempo, se vio que los Antonescu no recibían visitas de extranjeros, ni tenían antenas de radio, ni nada de todo eso, por lo que muchos se olvidaron de pensar en ellos. Quiero decir que les veían todos los

días, pero no pensaban en ellos como sospechosos de ser espías.

—Le entiendo, Finn, le entiendo. ¿Y ahí acaba todo lo referente a los Antonescu?

—No, porque después vino lo de los «Hijos de Satán».

—¿Qué?

—Pues verá usted…

Pero Sean nada pudo ver, al menos de momento, porque la puerta se abrió y el joven del té asomó su cabeza por la abertura, para anunciar muy excitado:

—Sargento, aquí está el abogado Lortley, que acaba de llegar de Londres y quiere verle.

—Hazlo pasar —concedió el dueño de casa, sin poder reprimir un gesto de fastidio por la interrupción.

Lortley era un hombre de unos cincuenta años, correctamente vestido y con aire de no estar acostumbrado ni dispuesto a perder el tiempo.

—¿El sargento Finn? Mucho gusto, soy Arnold Lortley, jefe del departamento jurídico de las empresas Merrival que, como usted sabrá, pertenecen a la señorita… señora Linda Merrival, ahora señora de Carrender.

—El gusto es mío, señor abogado —Finn señaló al detective que se había puesto de pie al entrar el recién llegado—. Este es el señor Sean
O'Flannagan,
de la Brigada de Investigación Criminal, de Killarney.

—Encantado… ¿De la BIC, ha dicho? ¿Es que han encontrado…?

El detective se apresuró a tranquilizarlo.

—No hemos encontrado a la señora Carrender ni viva ni muerta. El sargento Finn comunicó la desaparición a Killarney y yo he venido en forma casi extraoficial, para colaborar en lo que sea posible.

Finn recordó en ese instante sus deberes de anfitrión y acercó una vieja silla a su huésped.

—Siéntese, por favor. Haré que le traigan una taza de té.

Lortley escuchó sin interrumpir el relato de los hechos que le hiciera
O'Flannagan.
Aún se tomó su té antes de hablar, pero cuando lo hizo no dejó

dudas sobre sus sentimientos.

—Albert Carrender es el asesino —dijo con voz sorda.

Los otros se le quedaron mirando. Era demasiado correcto el aspecto del abogado como para esperar de él tan tajante afirmación. O’Flannagan
fue el primero en reaccionar.

—Supongo que tendrá usted pruebas para avalar tan grave acusación.

—No tengo pruebas, pero tengo motivos. Y eso es lo que cuenta. Ya se encargarán ustedes de encontrar las pruebas —encendió un cigarrillo con nerviosas manos—. Yo he conocido a Linda desde que nació —dijo inesperadamente—. La quiero tanto como quiero a mis propios hijos… y le advertí que no se casara con ese…

—¿Por qué se opuso usted a la boda?

—Él era un camionero y, por si eso fuera poco, con un pasado más que sospechoso.

—Háblenos de ese pasado.

—Llegó a Inglaterra hace una decena de años como refugiado político. Aquí cambió su nombre por el de Albert Carrender, seguramente para hacerse pasar por inglés. Pero es rumano…

—Rumano… —se asombró Finn—. También los Antonescu son rumanos.

Lortley levantó bruscamente la cabeza.

—¿Ha dicho Antonescu?

—Sí, así se llaman los dueños de la casa en la que estaba la señora desaparecida.

El abogado entrecerró los ojos.

—El verdadero nombre y apellido de Albert Carrender es Bela Antonescu.

El sargento no pudo reprimir un significativo silbido.

—Vaya —dijo—, eso sí que es interesante.

—¿Tiene antecedentes penales ese Carrender-Antonescu? —quiso saber
O’Flannagan.

El abogado pareció contrariado.

—Antecedentes penales, no —dijo, moviendo lentamente la cabeza—. Pero se decían muchas cosas de él y de su familia…

—¿Qué clase de cosas?

—La familia es de la zona de Brasov, en los Cárpatos… —Lortley no se veía a gusto diciendo esas cosas—. Ya saben ustedes lo que se dice de esas gentes…

—¿Qué se dice? —quiso saber Finn.

—Pues… que desde hace muchos siglos se dedican a prácticas de vampirismo.

—¿Vampirismo…? —el sargento estaba asombrado, pero Sean no perdía la objetividad.

—Esas prácticas están condenadas en Rumania, como lo están en todos los países civilizados del mundo. ¿Fue procesado alguna vez nuestro hombre bajo sospecha de haberlas realizado?

—No, no. Ya he dicho que carece de antecedentes penales. Sólo habladurías…

—No se puede… —comenzó Sean, pero fue interrumpido por Lortley.

—Perdóneme, inspector, que le interrumpa. Yo no sospecho de Carrender como vampiro, sino como ladrón.

—Explíquese.

—Por supuesto, es lo que quiero hacer desde que he llegado. Como ustedes saben, la señorita Merrival y su… marido, están en viaje de bodas. Antes de salir de Londres, Linda…, la señorita Merrival, me obligó —y recalcó lo de «me obligó», ya que yo me negué terminantemente a hacerlo— a redactar un documento por el que otorgaba a Albert Carrender la mitad de su fortuna —hubo un nuevo y esta vez más fuerte silbido del sargento—. Ustedes me pedían pruebas —siguió el abogado— y yo les ofrecí un motivo. No me negarán que acabo de proporcionarles el mejor de los motivos.

Finn asentía constantemente con la cabeza, como afirmándose a sí mismo la criminalidad de Al. Hasta el tranquilo y eficiente O’Flannagan parecía impresionado por lo que acababa de oír.

—¿Puedo preguntarles qué medidas se han tomado para encontrar a Linda? —preguntó Lortley, tras unos instantes de silencio.

—Hemos registrado la casa desde el tejado hasta los cimientos —informó Finn—. Dos perros adiestrados a quienes hicimos oler las ropas de la desaparecida la buscan por los montes y campos de los alrededores y un grupo de voluntarios recorre las costas más

próximas que, como usted sabrá, son todas muy escarpadas. Hay hombres-rana buceando en el mar. No creo que pueda hacerse más por el momento.

—El oficial de Scotland Yard que me avisó de esta desgracia circunstancial, me habló de algo así como una cripta…

—Sí, se trata de…

Un joven con bata blanca asomó su cabeza por la puerta que acababa de abrir.

—Sargento —dijo—, tengo las huellas del atizador. Pertenecen a la desaparecida y a Albert Carrender.

Lortley miró con furia al sargento y éste, tras una mínima vacilación, dijo:

—Detengan a Albert Carrender.

Pero Sean se interpuso.

—¿Bajo qué acusación, sargento? No habiendo cadáver…

Finn estaba decidido a salirse con la suya.

—No lo detengan —corrigió al subordinado de la bata—. Invítenlo a venir como testigo principal…

El joven desapareció y Lortley se puso de pie.

—Naturalmente me quedaré en Knight's hasta que se encuentre a Linda —anunció—. ¿Puede usted sugerirme algún buen hotel?

Finn se movió incómodo en su asiento.

—Hotel, lo que se dice hotel, no hay. Pero en El Ancla y el Delfín encontrará buena cama y buena comida.

—Es todo lo que necesito. Allí estaré, si me necesitan —desde la puerta agregó—: Les ruego me tengan informado…

—Desde luego, desde luego —le tranquilizó Finn.

El detective y el sargento volvieron a quedar solos.

—El abogado ése me cae gordo —anunció éste.

—Quiere mucho a la muchacha, es natural que esté nervioso —contempló Sean.

—Pero todo ese odio al marido… Seguro que es el asesino, pero para mí que el Lortley ese lo que le tiene es envidia por no haberse hecho él con los millones.

El detective festejó adecuadamente la salida de Finn y después, de nuevo serio, pidió:

—Hábleme de esos «Hijos de Satán».

CAPÍTULO VII

En la habitación de al lado hablaban Al, Berta y Jan. «Hay que matarla», decía Al, y los otros reían a carcajadas. Linda quiso huir, pero el espejo era muy duro. «Los fabrican en los Cárpatos», le dijo Berta. «Ni los colmillos de Drácula podrían romperlo», agregó Jan.

Linda se revolvió desesperada entre sus ataduras. Le faltaba el aire, porque estaba enterrada. «No se dice enterrada —explicó la profesora—, se dice encerrada». Sí, era cierto. Estaba encerrada dentro del ataúd. Pero si el ataúd estaba bajo tierra, entonces estaba enterrada, además de encerrada.

Se echó a reír a carcajadas y decidió contarle todo a su madre cuando regresara del cine. «Tenías razón, mamá, no volveré a ver más películas de Drácula; no son buenas para los niños».

La cruz invertida parecía dominar todo el recinto. «Esta iglesia pertenece a un estilo de transición del románico al gótico», explicó el guía. Al le sonreía desde lejos.

—¡Vámonos! —le gritó Linda a su marido, pero el rugir de las olas y de los coches que pasaban por la carretera no le permitieron oírla.

Al conducía un camión por la carretera.

—Vámonos, Al —volvió a pedir ella, asomándose a la ventanilla —. Vámonos porque los Antonescu quieren matarme.

—Te equivocas —rió Al—. Los Antonescu quieren estrellas de mar para el cielo de Rumania.

Linda sabía que quien se equivocaba era su marido, pero no encontró forma de hacérselo comprender.

—Esta tarde no me bañaré —anunció a su nanny, como una forma de fastidiar a Al.

—Sí, te bañarás —rió a carcajadas Berta—. Te bañarás en la

sangre de los vampiros.

—¿Por qué me trajiste aquí? —preguntó Linda a su esposo, porque estaba aterrada.

—¡No te entiendo! —le contestó éste, desde los acantilados, bajo la cruz invertida.

—Quiero decir por qué me has traído a esta casa, a este pueblo.

—Linda, estás alterada. Tú fuiste la que insistió para que nos quedáramos aquí. Yo dije muchas veces de irnos. —Al hablaba desde el espejo.

—Pero no nos fuimos —los nervios comenzaron a traicionarla—. ¡Oh, Al, dime que esto no es real, que se trata de otra de mis estúpidas pesadillas!

—Lo siento, querida. Esta vez no se trata de una pesadilla.

Deshecha en lágrimas, Linda se dejó caer sobre un sillón, en la cripta.

Un par de minutos más tarde, la crisis había pasado. Se incorporó de un salto.

—Vámonos ya mismo, Al. En la oscuridad podremos escapar.

—No, es demasiado peligroso. Los vampiros acechan.

Linda hizo un gesto de rebeldía.

—Entonces me iré yo sola —se encaminó hacia la puerta, que había quedado abierta, pero Al la cogió por las muñecas.

—No, Linda, estás demasiado alterada. No te irás hasta que yo lo disponga.

La muchacha miró a su marido con un destello de miedo en sus ojos.

—Tú vas a entregarme a ellos —murmuró, con voz quebrada.

—Te equivocas… —comenzó, pero fue interrumpido por otra voz mucho más potente:

—No, querida Linda, no te equivocas. Bela va a entregarte a nosotros, porque ése es el destino que tienes marcado desde el principio de los tiempos.

La muchacha, paralizada de terror, miré hacia la puerta. Por ella, como en procesión, entraba Jan, seguida por Berta y un confuso grupo de hombres y mujeres. Jan vestía ropas pontificales, tal como ella lo viera en su pesadilla del cuarto superior. También Berta estaba cubierta por un negro y largo manto y llevaba un gran libro en sus manos.

El grupo avanzaba lentamente y Al se prosternó ante Jan, cuando éste pasó junto a él. Linda lo contempló todo con ojos dilatados por el terror y músculos que se negaban a obedecer las imperiosas órdenes del cerebro, que les impelían a ponerse en movimiento y huir de ese demoníaco lugar al precio que fuese.

Jan estaba prosternado ante el altar.

—¡Oh, mi señor, aquí estamos tus indignos fieles, dispuestos a ofrendarte lo que mereces y necesitas para alcanzar tus altos designios!

Linda sabía que era ella a quien se disponían ofrendar en ritual sacrificio a su amo y señor, pero nada podía hacer por evitarlo. Hacía mucho calor en la habitación, porque el fuego crepitaba alegremente en la chimenea.

—¿Santa Claus? No, Antonescu no es Santa Claus.

Había sido una broma de Al. Acababan de hacer el amor y en la televisión apareció Jan vestido con largos ropajes y una especie de corona en la cabeza.

—No es Santa Claus porque ese señor está con los renos del invierno y este señor está con los renos del verano —dijo Linda, pero era una broma, claro está.

Cuando la sangre comenzó a manar por su cuerpo, todos rieron. Jan elevó sus manos hacia la cruz invertida y dijo:

—Aquí tienes la ofrenda de la sangre, señor.

—Linda ya es una mujer —comentó su madre, con la voz de Berta. Lo decía con orgullo.

El mar golpeaba contra los acantilados. Linda temía caer a las rugientes aguas, pero los hombres pasaban junto a ella sin hacerle caso.

—¿Por qué no la matamos? —dijo uno de ellos.

—Puede valer más viva que muerta —contestó otro.

—Viva o muerta, vale la mitad —explicó Lortley.

—Yo valgo la otra mitad —gritó Al, y todos rieron, mientras ella cortaba el pastel de bodas.

Hacía calor y, sin embargo, hacía frío. «El fuego crepitaba alegremente en la chimenea». ¿Quién había dicho eso? Se trataba de la chimenea de la casa de sus padres, en París. A ella le gustaba mucho ir a París. «Allons enfants de la Patrie…», dijo a unos niños que pasaban, pero ellos le hicieron saber por señas que no le

entendían porque eran rumanos. «Entonces esto no es París», decidió Linda.

El fuego no estaba en la chimenea, sino en el infierno. Ella no estaba en Londres, sino en el infierno. Por eso estaban allí Jan y Berta Antonescu con sus ropajes ceremoniales, ante la cruz invertida. Por eso estaban allí todos esos hombres.

—Creo que está por despertar —dijo uno de los hombres.

—No —replicó Antonescu—, no podrá despertar hasta el día del Juicio Final.

Pero ella sabía que no era cierto, porque ella estaba despertando de ese horrible sueño en ese preciso instante. Sabía que cuando abriera los ojos se encontraría en su dormitorio de Mayfair. «Diré a Jane que ponga más fuerte la calefacción». Hacía frío, a pesar del fuego. «Y esas terribles olas. Diré a Jane que quite esas terribles olas».

—Ahora me siento mucho mejor. Ni tanto frío, ni tanto calor.

Se arrepintió de haber dicho esa frase en voz alta, porque Jan y Berta, junto con uno de los terribles hombres que eran, en realidad, vampiros menores, se inclinaban sobre ella, echando babas por la comisura de sus labios. El terrible hombre levantó su mano derecha, en la que empuñaba el arma mortal.

—Yo la haré callar —dijo y los Antonescu, con sus brazos metidos dentro de las amplísimas mangas de sus mantos, asintieron en silencio.

El terrible hombre clavó su arma en Linda y ésta se hundió.

El mar golpeaba furioso. Hacía calor y hacía frío.

CAPÍTULO VIII

Todas las posibilidades materiales de encontrar a Linda estaban cubiertas por los hombres del sargento Finn, por lo que Sean se dedicó a otro tipo de investigaciones.

Las referencias del sargento sobre los «Hijos de Satán» no fueron muy precisas. En realidad, no fueron más lejos de una rotunda afirmación: «Un conjunto de viejos chiflados que se reúnen en casa de los Antonescu». Posteriormente, interrogó a fondo a Al, pero sin lograr más de lo que éste había dicho en su anterior declaración. El muchacho quedó retenido en las dependencias policiales, en carácter de «testigo esencial». Ante la pregunta concreta de Sean, afirmó no saber absolutamente nada sobre los «Hijos de Satán». Reconoció ser rumano y haber tenido «dificultades» con las autoridades de inmigración británicas, pero subrayó que todo aquello estaba superado. Por fin, el detective hizo la pregunta que más le interesaba hacer:

—Su nombre rumano era Bela Antonescu —el otro hizo un gesto de sorpresa, que no pasó inadvertido al investigador—. Sí —sonrió —, tenemos fuentes de información muy variadas. La pregunta ya la imaginará usted, ¿qué parentesco le une a Jan y Berta Antonescu?

—No hay nada que ocultar al respecto: soy su sobrino.

—Y ha venido a Knight’s Town para visitarlos.

Si esperaba sorprender al muchacho, no logró su propósito.

—En absoluto —dijo Al, muy tranquilo—. Ignoraba que vivieran aquí. Ni siquiera sabía que vivieran en Irlanda.

Sean no ahondó en el tema. Pero intentó profundizar en algo que podía ser un camino.

—¿Diría usted que sus tíos son… raros?

Al miró sorprendido al otro y después esbozó una sonrisa.

—Entiendo lo que quiere decir. Creo que todos los que han nacido y vivido en los Cárpatos son… somos un poco «raros». Hay que conocer esas montañas agrestes, esos valles profundos y estrechos, el frío de los inviernos interminables y, por encima de todo, la niebla. La niebla preside la vida de todas esas gentes. Tanto hace peligrosos los caminos, como puebla de terrores las mentes infantiles. Y no sólo las infantiles…

—¿Por qué se fue de Rumania?

—Por razones políticas.

—¿Escapó?

—Sí escapé. Sin documentación y sin dinero. Los británicos se portaron bien conmigo —alzó de improviso su mirada hacia Sean—. Oiga, ¿todo esto cree usted que puede ayudar a encontrar a Linda?

—Nunca se sabe —contestó el detective con un ligero encogimiento de hombros y una sonrisa. No le caía mal el rumano-británico—. Una última pregunta —continuó—: ¿qué cree usted, que le ha ocurrido a su esposa?

Al pareció desconcertado por la pregunta.

—No lo sé —confesó—. No lo sé. Estaba asustada, esto es evidente…

—¿Por qué estaba asustada?

—Por Jan y Berta, supongo. Comprendo que puedan impresionar a los que no les conocen con sus historias de fantasmas y vampiros…

—¿Cree usted en los vampiros?

Al contrajo su rostro.

—No me haría esa pregunta si hubiera vivido en los Cárpatos.

Sean decidió iniciar sus investigaciones en el bar de El Ancla y el Delfín, pero el ambiente no le fue muy propicio.

—¿Los «Hijos de Satán»? ¿Qué es, una película?

Un cliente que ya había consumido varias rondas fue más lejos.

—¡Oiga, eso se lo dice a su abuelo!

Hubo risas, pero más fueron los silencios. Sean comprendió que no se trataba de que no supieran, sino de que no querían hablar. Salió al frío de la estrecha calle que bajaba hasta el pequeño puerto, en cuyas cercanías hombres-rana seguían buscando infructuosamente el cuerpo de Linda Carrender.

Pero el detective tomó la dirección opuesta. Hacia la carretera

de Killarney y la casa de los Antonescu.

—¿Los «Hijos de Satán»? Pero, señor inspector… Estamos seguros que tiene usted cosas más importantes en las que ocuparse.

—Permítame que sea yo mismo quien asigne las correspondientes prioridades —contestó Sean, mirando con dureza a los Antonescu y, en especial, a Jan, que era quien había hablado.

—¿Puedo ofrecerle una copita de mi licor de hierbas? —se ofreció Berta.

—No, gracias, no bebo por la mañana —era falso, bebía por las mañanas; pero no quería dar facilidades a sus anfitriones.

—Como usted lo prefiera, señor inspector. Jan, háblale al señor de nuestras manías de pobres viejos solitarios…

El aludido sonrió bonachón y como disculpándose por lo que iba a decir.

—Pues verá usted, señor…

—O’Flannagan.

—Eso es, O’Flannagan. Aún tenemos cierta dificultad para pronunciar los apellidos irlandeses.

Sean no se molestó en reprimir un gesto de impaciencia, que fue debidamente valorado por el rumano.

—Perdóneme, sé que me gusta demasiado hablar. No tenemos demasiadas oportunidades de hacerlo con gente de su cultura. Los «Hijos de Satán», nos dice usted… Pues bien, como usted sabe, los que venimos de los Cárpatos traemos nuestras supersticiones y leyendas…

—No esas tonterías del Conde Drácula, por supuesto —terció Berta.

—Claro que no, querida. Eso lo sabe muy bien el señor inspector. Como le decía, nosotros somos un pueblo cargado de leyendas y tradiciones debidas, supongo yo, a lo inhóspito del clima que nos obliga a pasar larguísimas veladas junto al fuego, escuchando historias de labios de los más viejos…

Sean hizo otro gesto de impaciencia.

—Lo de los «Hijos de Satán» —se decidió a concretar Jan— es una de esas historias. Se cuenta que, allá por el siglo doce…

—Le ruego que concrete, señor Antonescu.

—Y yo le ruego una vez más que perdone a este viejo sus ansias por contar cosas de su lejana tierra. Pero no le haré perder más

tiempo. Los «Hijos de Satán» son precisamente todo lo contrario de lo que su nombre parece indicar. Como usted también sabrá, por ser un hombre culto, en los Cárpatos existe un miedo atávico al Demonio. Por tal causa, hace ya muchos siglos se creó esta especie de hermandad… Una hermandad de sacrificados la llamaría yo…

—¿Por qué de sacrificados? —la palabra había llevado a Sean a pensar en sacrificios. —Porque estas gentes rinden culto a Satán como un medio de aplacarlo e impedir que descargue su ira sobre las tierras que sólo adoran a Dios.

—Y ustedes se decidieron a crear una filial local, como un medio de favorecer la economía de la región…

Los Antonescu parecieron derretirse en sendas risas.

—El señor policía lo ha expresado magníficamente, ¿no lo crees así, Jan?

—¡Ya lo creo que sí, Berta, nunca hubiera podido yo decirlo mejor!

Tras la distensión que él mismo había proporcionado a sus interrogados, Sean volvió a la seriedad.

—Usted, señor Antonescu, habló de rendir culto a Satán, ¿en qué consiste ese culto? Jan se frotó las manos.

—Bien… —comenzó—. Se trata de muy antiguos ritos —de repente se animó, alzando brillantes ojos hacia el detective—. ¿Quiere que le traiga el Libro de las Oraciones? Apostaría a que nunca lo ha visto y que encontrará en él…

—No, no, ahora no dispongo de tiempo —Sean rechazó la invitación con decididos gestos, además de sus palabras—. Además de oraciones —continuó—, ¿qué otra… liturgia emplean ustedes?

Los dos viejos se miraron.

—¿Liturgia…?

—No entiendo…

Sean se movió impaciente en su silla.

—¿Hacen ustedes ofrendas a Satán? —aclaró.

No se hubiera atrevido a jurarlo ante un tribunal, pero le pareció detectar que la pareja se tensaba ante la pregunta.

—¿Ofrendas? —Jan fue el primero en reaccionar—. Sí, hacemos algunas ofrendas. —¿En qué consisten?

—Según lo que pidamos. Granos de trigo, si se trata de cosechas y comida en general; agua, si pedimos…

Sean se puso de pie.

—Entiendo —dijo—. ¿Podría ver el lugar que ustedes llaman la cripta?

Pero la inspección no arrojó ningún resultado.

—¿Aquí se reúnen los «Hijos de Satán»?

Jan volvió a esgrimir su sonrisa de disculpa, esta vez iluminada por la luz de una lámpara de petróleo que Berta sostenía en su mano.

—Sí, aquí es donde nos reunimos. Traemos sillas y candelabros —agregó sin que viniera a cuento.

Sean golpeó con sus nudillos las paredes de sólida piedra.

—¿Están ustedes seguros que esta cripta no tiene otra comunicación que el pasadizo por el que venimos?

—Absolutamente seguros —los dos se apresuraron a responder.

—Según lo que he podido saber —agregó Jan—, éste era el oratorio privado de una comunidad de monjes que se establecieron aquí en el siglo XIII. A partir del XVIII la comunidad se vio diezmada por epidemias y deserciones, hasta desaparecer por completo. El monasterio que habían construido se fue derrumbando con el paso del tiempo, hasta desaparecer por completo. A finales del siglo pasado se construyó la casa en que vivimos y es evidente que sus constructores conocían la existencia de la cripta y el pasadizo y decidieron utilizarlo como un lugar secreto donde ocultarse si era necesario. No hay que olvidar que Irlanda luchaba por aquellos días contra la dominación británica…

—Sí, entiendo lo que quiere decir —cortó Sean. Estaba convencido que nada más podría sacar de los dueños de la casa, si es que algo más había por sacar.

Se puso en marcha hacia el pasadizo. Jan corrió tras él.

—Señor O’Flaherty…

—O’Flannagan.

—Perdone, perdone. Quería decirle… Bueno, no sé si usted lo sabe, pero el marido de nuestra querida Linda es hijo de uno de mis hermanos; es decir, es nuestro sobrino…

—Sí, lo sabía.

—Ya. Digo esto porque quiero que usted comprenda cuanto nos preocupa lo que pueda haberle ocurrido a esa pobre muchacha…

—Y en nuestra casa… —se lamentó Berta.

Ya estaban en la habitación que por unas horas fuera de Linda. Sean echó una ojeada al entorno, pero sin demasiado interés, porque la policía había «rastrillado» el lugar. Todo, incluso la ropa de la chica, estaba tal cual ella la dejara. Siguió su camino.

—¿Qué cree usted que puede haberle ocurrido? —le estaba preguntando Jan y él sonrió para sí mismo, porque esa pregunta la había hecho él a Carrender no mucho antes.

Alzó sus hombros en tradicional gesto de impotencia.

—No lo sé. ¿Qué creen ustedes que puede haberle pasado?

Los dos hicieron gestos de preocupado dolor y Berta se pasó la mano por los ojos.

—No lo sabemos —dijo Jan—. No podemos ni imaginarlo. Bela… me refiero a nuestro sobrino, dijo que estaba asustada y nerviosa, la pobrecilla. No nos extraña, ya que esta casa sobrecoge a los que la ven por vez primera…

—Y tú con tus historias de Transilvania…

—Sí, sí, mi mujer tiene razón. Los que venimos de aquellas tierras tenemos tendencia a…

—Sí, usted ya me lo dijo —llegaban a la puerta exterior—. Bien, señores, supongo que volveremos a vernos.

—Que sea muy pronto y con buenas noticias —deseó Berta.

—Sabe que aquí estamos a su servicio, señor —completó Jan.

Sean se despedía con un gesto de los dos, pero la mujer aún tenía algo que decir.

—¿No querría beber usted una copita de mi licor de hierbas? Es muy bueno para combatir el frío…

Sonriendo, Sean rechazó con amable gesto la invitación.

En parte por conciencia profesional y en parte porque no se le ocurría nada mejor que hacer, el detective decidió echar un vistazo por los alrededores. No con intención de encontrar rastros de Linda, ya que la policía local había revisado exhaustivamente los campos de los alrededores, sino para formarse una idea más cabal de lo que pudiera haber ocurrido.

Tratándose de una mujer tan rica como, según le informaran, era Linda Carrender, no se podía descartar la posibilidad de un secuestro; aunque el hecho de que los presuntos secuestradores no hubieran dado señales de vida durante todas esas horas era razón suficiente como para descartar la idea.

También cabía en lo posible que la mujer hubiera escapado voluntariamente a vaya a saberse qué fantasmas reales o imaginados. Podía tener muchos motivos para escapar. Incluso para escapar de su propio esposo. Sean decidió ahondar las investigaciones sobre Albert Carrender-Bela Antonescu. “Que me caiga bien no le exime como sospechoso”. También le caían bien los Antonescu, con su aire de escapados de las páginas de una novela gótica. “Los Hijos de Satán”… ¿Será posible que en estos tiempos haya imbéciles que pierden su tiempo en esas estupideces?. Imaginó a los dos viejos rumanos elevando sus preces —¿o habría que decir «antipreces»?— al diablo y no pudo reprimir una sonrisa.

«Otros jubilados se dedican a la filatelia». Pero ¿serian tan inocentes las actividades de los Antonescu? Tampoco podía dejar de investigárselos, por supuesto.

El mar estaba presente por todas partes. «Uno se olvida que Knight’s
Town está en una isla». Pero aquí eso era bien visible, porque estaba a pocos centenares de metros del puente que la unía a la isla mayor que era Irlanda. La carretera de Killarney pasaba ante la gran casa de los Antonescu que, por su parte posterior miraba al mar. Los acantilados rocosos se alzaban a menos de cien metros del edificio. Hacia allí se encaminó Sean.

Como irlandés que era, el espectáculo no podía sorprenderlo. Pero no por eso dejaba de impresionarlo. A pesar de no ser ése un día especialmente borrascoso, as olas chocaban con furia contra las rocas, deshaciéndose en montañas de espuma líquida, que casi llegaban hasta su punto de observación, situado a unos quince metros sobre el nivel de las aguas.

Fascinado por el espectáculo, como siempre le ocurría cuando estaba frente al mar —Killarney no es ciudad costera—, Sean caminó lentamente por el borde del acantilado. Una treintena de pasos más adelante, descubrió una escalera tallada en la piedra, aprovechando el declive natural de las rocas. No resistió la tentación de descender por ella, ya que abajo se veía una pequeña playa de auténtica arena. Mientras bajaba con sumo cuidado, para no resbalar, se preguntó si los Antonescu la utilizarían. No era exactamente peligrosa, pero tampoco ideal para ancianos.

Cuando llegó abajo el rugir del mar lo envolvió como si a los

infiernos hubiera descendido. Él, que estaba acostumbrado a tratar con asesinos, no pudo evitar un estremecimiento. Y no de frío, precisamente.

Es que el lugar era indudablemente terrorífico. La masa rocosa, que parecía muchísimo más alta, vista desde abajo, semejaba un muro imposible de escalar. Por el otro lado, las olas lamían la arena con ansias de querer cubrir cuanto antes ese pequeño trozo de tierra al que no querían renunciar.

«Si alguien se queda dormido aquí…», pensó Sean. A la hora de crecer la marea no tardaría más que un par de minutos en cubrir de agua la playa. «Si el pobre tipo no llega a la escalera…». Paseó su mirada por la pared rocosa. Y entonces descubrió la boca de la caverna.

Excitado, porque Finn no le había mencionado ninguna caverna entre los lugares registrados, trepó hasta ella por la pared rocosa. La ascensión no era difícil, ya que la entrada de la cueva estaba a unos cuatro metros sobre el nivel de la arena. Llegó sin dificultad y penetró por la amplia abertura. Manchas de agua indicaban que el mar la cubriría cuando la marea alta. El túnel era amplio y permitía caminar de pie por él. Sean lamentó no haber traído una linterna. Pero tenía su mechero.

Recorrió unos diez metros de terreno levemente ascendente, hasta dar con el fondo. Un fondo de piedra compacta que no admitía dudas: allí terminaba la caverna. Sintiéndose tan decepcionado como un chico a quien se le quita el caramelo que se le ha permitido chupar, emprendió el regreso.

Una hora y media más tarde, comiendo una sabrosa pierna de cordero en el caldeado comedor de El Ancla y el Delfín, en compañía de Lortley y Finn, relató a éstos sus andanzas matinales.

—Conque estuvo usted en la Cueva de los Demonios —comentó el sargento.

—¿La Cueva de los Demonios? —Sean se excitó ante la coincidencia demoníaca y su excitación no pasó inadvertida al otro.

—No extraiga conclusiones —rió—. Se llama así por el ruido que produce la marea al entrar en ella. Un ruido «de mil demonios», sí, señor… —y el sargento festejó ruidosamente su propio chiste.

—¿No tiene ramificaciones, pasadizos…? —intentó Sean.

Pero el otro fue terminante.

—¿La recorrió usted hasta el final?
—Sí.
—Pues ya habrá visto usted la solidez de la roca que la cierra.
Sean tuvo que admitir que sí, que la había visto.

CAPÍTULO IX

Los demonios se abatían sobre ella. El pontífice pontificaba. Linda sabía que estaba hablando de ella porque repetía constantemente «Hay que matarla», entre las risas de Al, que se disfrazaba de vampiro rumano para asustar a sus muñecas.

Lortley, sin dientes, apuntaba su índice acusador. «Yo se lo dije, Linda Merrivale, no hay que casarse con camioneros vampiros porque la matarán». Ella estaba enamorada de un camionero y el Consejo de Administración se negaba a darle dinero porque hacía demasiado frío.

Uno de los demonios se inclinó sobre su cara y ella pudo sentir el aliento fétido que emanaba de su boca. Murmuró palabras que ella no pudo entender porque estaban dichas en el idioma de los demonios. Después se alejó, pero ella sabía que volvería con su terrible arma mortal y ella volvería a hundirse en los abismos del Averno del Dante de la Divina Comedia del libro de su infancia.

No se bañaría esa noche. Nanny Ellen se enojaría mucho y se lo diría a su madre, pero su madre no podría oírla. «Mamá, tú no puedes oírme, ¿verdad?». No, no podía. De haber podido, hubiera acudido de inmediato en su ayuda y la habría liberado del frío y del calor. Pero ahora era el frío el que la hacía sufrir. Era lógico, porque estaba en lo más profundo del infierno, pero el infierno se había apagado porque el pontífice había cerrado las llaves de la calefacción. «No hace falta calefacción en el infierno», había dicho. Por eso estaba todo tan frió y las olas del mar pasaban sobre su cuerpo empapándolo de un líquido helado y viscoso que se parecía a la sangre que los vampiros extraían del cuello de sus víctimas.

El techo de la caverna era alto y abovedado. Abovedado viene de bóveda y viene de muerto. «Yo estoy muerta». Pero no era cierto

porque veía pasar junto a ella los demonios y los demonios estaban vivos, por lo que ella también tenía que estar viva. Además, los muertos no sienten ni calor ni frío y ella sentía mucho frío. Por lo tanto, ella estaba viva, pero en el infierno.

Oyó la voz del demonio. Es decir, era la voz de Jan Antonescu, pero ella sabía que era el demonio. Decía que había que darse prisa para luchar contra los ángeles vengadores de las espadas de fuego. Los demonios menores se inclinaban ante él. El frío era muy intenso. Linda casi deseó que llegara el demonio menor del arma mortal que hundía y daba calor.

Pero ahora los demonios corrían por todas partes. «Corren como demonios», dijo Linda y nanny Ellen se enojó porque las niñas no dicen esas cosas. Abrirían las puertas del infierno y se reunirían en la cripta de la gran mesa que servía de altar para los sacrificios humanos. «Yo seré el plato fuerte de la gran cena demoníaca», pensó Linda convulsionándose de risa y terror. «No quiero morir, nanny». Pero sabía que era culpable por no haber querido bañarse. «Demasiado estofado irlandés», decía Al, riendo a carcajadas. Pero no era cierto, porque su estómago estaba vacío. Se miró el estómago y vio que estaba, efectivamente, vacío. Por eso tenía tanto frío.

Deseó poder dormir tranquila, ya que estaba en su cama y no tenía problemas con los impuestos de la renta porque Lortley lo había arreglado todo. Podría casarse en Westminster. ¿En Westminster, con un camionero? No, mejor sería una capilla pequeña en un barrio elegante, pero discreto. O puede que mejor aún fuera casarse en un camión. «Los camioneros se casan en los camiones», comenzó a cantar a voz en cuello, pero su profesora de Matemáticas la obligó a callar porque turbaba el reposo de los muertos rumanos.

El techo de la caverna era alto y abovedado. Una lámpara colgaba de él. ¿Para qué se necesitan lámparas en el infierno? «Para alumbrar las almas de los condenados», dijo, remendando la voz cascada del viejo Petersen, el portero. Rió a carcajadas y repitió la frase con la misma voz. Imitaba muy bien al viejo portero, todos se lo decían.

El demonio menor del arma mortal se inclinó sobre ella y pudo sentir el fétido aliento que salía de sus encías descarnadas. Pero no salió humo ni fuego, como ella esperaba que ocurriera. Cerró los

ojos apretándolos muy fuerte, porque no quería ver la cara del demonio, ya que quien mira a un demonio de frente se condena eternamente.

Convencida que volvía a estar sola, abrió lentamente los ojos. Los demonios menores estaban reunidos alrededor del pontífice que, según su costumbre, pontificaba. Linda no podía oír sus palabras, pero supuso que se referían a ella y a su alma. Se preocupó, porque no quería condenarse eternamente, pero nada podía hacer porque estaba totalmente paralizada. Intentó mover una pierna, pero no pudo hacerlo porque pesaba una tonelada. Intentó mover un brazo y no pudo porque pesaba otra tonelada. Se rió al pensar que sus brazos y sus piernas pesaban cuatro toneladas. Canturreó una canción de moda años atrás, que hablaba de un señor que tenía que arrastrar pesos de dieciséis toneladas, porque estaba condenado en el infierno. Se preguntó si a ella también la obligarían a realizar tan terribles trabajos, lo que no sería imposible, ya que varios demonios menores —tal vez condenados ellos mismos— estaban arrastrando pesos de dieciséis toneladas, para arrojarlos al mar que rugía.

Pero no eran pesos de dieciséis toneladas lo que arrastraba el señor de la canción, sino que conducía un camión de ese peso y era Al que conducía ese camión porque era camionero. En el camión habían llegado hasta
Knight's
Town y esa horrible casa con el espejo trasparente de Alicia.

«No, no era Alicia, era yo misma la que atravesé el espejo… No, no lo atravesé. Rompí un tabique y pude introducirme en el pasadizo. Había un altar en el gran cuarto y luego el horror…».

Volvió a caer en la inconsciencia, pero sólo por breves minutos. Al cabo de ellos, despertó completamente.

Con los ojos entreabiertos, para no atraer sobre ella la atención, miró a su alrededor. «No es el infierno, es el interior de una gran caverna. Y ésos no son demonios menores ni mayores, sino hombres de carne y hueso». ¿Y el pontífice? No estaba a la vista. ¿Sería realmente Antonescu, o eso también era parte de mi sueño? Su sueño… Recordó al «demonio menor del arma mortal». Le habían inyectado alguna droga durante todo ese tiempo —¿cuánto?— para mantenerla dormida. «¿Por qué no me han matado?». Bien, no lo

habían hecho y eso era suficiente. «No querrás ir a preguntárselo».

Con gran sigilo, probó a moverse. Como lo temiera, estaba atada de pies y manos. Pero no desesperó porque tuvo la sensación de que sus ligaduras no eran indestructibles. Era lógico que sus captores confiaran más en las inyecciones que en las cuerdas.

Siempre con los ojos entrecerrados, volvió a mirar a su alrededor. Varios hombres transportaban cajas hacia un lugar situado tras su cabeza y al que sus ojos no podían llegar. «Llevan las cajas hacia el mar». Era una conclusión lógica, ya que oía el batir de las olas contra los acantilados en esa dirección.

«Contrabandistas. Se trata de contrabandistas». Era posible, desde luego, pero ¿qué importancia tenía para ella que se tratara de contrabandistas, ladrones o vampiros rumanos? Lo único que tenía importancia era poder soltar sus ligaduras y escapar de allí, antes que la mataran o volvieran a drogaría.

Como decir, «escapar» es una palabra que se dice fácil, pero… —giró sus ojos todo lo que la posición echada sobre el suelo le permitía, sin ver más que caverna y hombres— ¿cómo y adónde escapar?

* * *

En el despacho de Finn, el dueño de casa y Sean empezaban a ponerse nerviosos. Ni la más mínima pista que pudiera conducir a Linda Carrender o, cuando menos, dar alguna idea sobre lo que había sido de ella.

Y Lortley también era un problema. No se le podía seguir «reteniendo» por más tiempo, sin poder acusarle de nada. Pero el abogado londinense no quería ni oír mencionar la posibilidad de tal liberación. «Ese miserable ha asesinado a Linda Merrival». Tal vez, pero en ese caso, ¿dónde estaba el cadáver? Y sin cadáver, ya se sabe que no hay caso.

Sean se acercó a la ventana. Anochecía. Sorprendido, se volvió al sargento, que fumaba nerviosamente.

—Se está haciendo de noche, ¿qué hora es?

Finn consultó su reloj.

—Las cinco y veinte. Anochece pronto por aquí.

—Lo sé, soy irlandés —el detective estaba de muy mal humor.

Hubo un instante de silencio y después siguió Sean, más tranquilo:

—Discúlpeme, Finn, esta inactividad me pone histérico.

—También a mí.

—Y ahora se hace de noche y nada podremos hacer hasta mañana…

* * *

«Tengo que escapar», esta frase martilleaba sin descanso la mente de Linda. Pero no era fácil llevarla a la práctica, atada como estaba de pies y manos. Sin embargo…

La pared de roca, según pudo comprobarlo con una rápida ojeada, era rugosa y llena de cortantes aristas. Tenía las manos atadas a la espalda, por lo que comenzó a arrastrarse hacia la pared, naturalmente con el sigilo imprescindible para no ser descubierta por los hombres que trajinaban tras su cabeza y a los que no podía ver.

No era fácil, pero tampoco era imposible. Imposible sí era evitar el desgarramiento de la piel a causa de las cortantes aristas. Pero serían ellas las que la liberarían, las pequeñas heridas eran un modesto precio que estaba muy dispuesta a pagar.

Calculó unos diez minutos —tenía que esforzarse por no ser descubierta en su tarea— para liberar sus manos. Con ellas libres, las ligaduras de los pies no serían problema.

Sintió acercarse pasos hacia su cabeza y suspendió sus movimientos. Le aterró pensar que podrían drogaría nuevamente. Como único medio de evitarlo, aparentó estar profundamente dormida. No la tranquilizó advertir que los pasos se detenían junto a ella.

—Está dormida —oyó decir.

—No puede seguir dormida mucho tiempo —dijo otra voz—. El efecto pasará en minutos.

Linda sintió acrecentar su miedo. Se le hizo muy difícil evitar contracciones espasmódicas de sus músculos, que habrían alertado a sus captores. Pero, sorprendentemente, comprendió que uno de esos hombres le quitaba las ligaduras de los pies. De inmediato, y sin contemplaciones, la puso boca abajo sobre el duro y rugoso suelo, y

liberó sus manos.

—Llévala adonde el jefe —dijo a su compañero.

Linda se vio sujetada y alzada en vilo por dos fuertes brazos. Dejó caer cabeza y extremidades, simulando total flaccidez y, con gran temor, se dejó llevar a su desconocido destino.

* * *

—No quiero estofado irlandés. Un par de huevos fritos y un poco de bacon estará bien para mí.

En realidad, no era falta de apetito sino exceso de nervios, el problema de Sean. Hacía ya un par de horas que la noche había caído sobre Knight's Town y él cenaba en El Ancla y el Delfín con Lortley y el sargento. Y tenía la sensación de estar perdiendo minutos precisos. Pero ¿qué hacer?

—Esta inactividad me exaspera —dijo el abogado, como si hubiera leído los pensamientos del detective.

—¿Se le ocurre a usted algo que pudiéramos hacer? —contraatacó el sargento.

La respuesta no se hizo esperar.

—No soy yo el más indicado.

—Señor Lortley —creyó conveniente intervenir Sean—, puede usted creerme que, tanto el sargento como yo, compartimos su impaciencia, pero nada más de lo que se está haciendo puede hacerse. Además del rastreo metódico y continuado de tierras y aguas circundantes, se ha alertado las policías de toda la región y dado aviso a puertos y aeropuertos, por si alguna que coincida con las características de la señora Carrender es vista en ellos. ¿Qué más podríamos hacer?

—Presionar a Carrender para que confíese.

—Usted es abogado, señor Lortley y conoce perfectamente el límite legal de esas «presiones». Por otra parte, el señor Carrender ha colaborado con nosotros…

—¿Colaborado? ¿En qué?

—En no denunciarnos por retención indebida. Voluntariamente ha aceptado permanecer en dependencias policiales, pero debo

comunicarle que el sargento y yo hemos decidido devolverle la libertad no bien acabemos esta cena.

Lortley se sulfuró.

—¡Me opondré con todas mis fuerzas…!

—Me temo que sus fuerzas no sean suficientes, señor. Usted, mejor aún que nosotros, sabe que no hay ley que permita prolongar su retención.

—Van ustedes a poner en libertad a un asesino.

—De un crimen que ninguna constancia existe que haya sido cometido.

El abogado se dedicó a su kidney-pie sin más comentarios, aunque su cara mostraba bien a las claras su estado de ánimo.

Momentos más tarde, acabada la cena, los tres fumaban en silencio. Sean, con la mente puesta en Linda Carrender, miraba distraídamente la calle solitaria, a través de los cristales de la ventana junto a la cual estaban sentados. De pronto, algo lo distrajo de sus pensamientos. Algo anormal, que en un principio no alcanzó a determinar. Con la mente puesta en sus ojos, volvió a mirar al exterior y entonces sí pudo conocer el motivo de su distracción: La calle del pequeño pueblo, que había permanecido inalterablemente vacía durante todo el tiempo de su observación, se veía ahora animada con la presencia de un grupo de seis o siete personas.

—¿Una fiesta o un velatorio? —preguntó con una sonrisa a Finn, mientras las señalaba.

El sargento se incorporó para poder ver mejor y después dijo:

—Los Kearney y los Healy… Hum… O mucho me equivoco, o esta noche hay reunión de los “Hijos de Satán”.

* * *

Linda mantuvo sus ojos lo suficientemente abiertos como para ver por dónde la llevaban. Lo primero que pudo apreciar fue que seguían la dirección contraria al rugir de las olas, lo que la alejaba del mar y, según pensó, de una muerte inminente.

Siguieron por la amplia caverna hasta un espacio aún más ancho, en el que había numerosos cajones similares a los que ella viera trasportar en dirección al mar.

Atravesado el largo recinto, el hombre que la llevaba en sus

brazos se detuvo ante lo que parecía una compacta pared de piedra y manipuló sobre ella. Aunque Linda, por su posición, no pudo ver con exactitud lo que hacía, supuso que habría oprimido uno o más botones, porque parte de la pared giró sobre sí misma, dejando un espacio por el que podía pasarse cómodamente. No bien haberlo hecho, la chica comprendió que se hallaban en la estancia que contenía la mesa-altar y en la que ella perdiera el conocimiento al ver algo que la horrorizara. Algo que aún no podía recordar.

Sin mucha delicadeza, pero también cuidando de no golpearla contra la dura piedra, el hombre la depositó sobre la mesa y volvió por donde había venido. Linda pudo abrir un poco más sus ojos y hasta se atrevió a mirar a los lados. Como lo había imaginado, estaba sola. Pero, a diferencia de lo que ocurriera en su primera visita, varias antorchas introducidas en soportes de hierro clavados en las paredes iluminaban la escena.

"Estoy sola, sin vigilancia. Es mi oportunidad". Estaba segura que los Antonescu dirigían o, al menos, integraban esa banda de delincuentes que operaba en la caverna. El hecho de que la depositaran sobre la mesa altar le hizo pensar que la convertirían en víctima propiciatoria de alguna ceremonia ritual. «Todas esas historias de demonios y vampiros que los Antonescu me contaran… Y este lugar y, seguramente, sus actividades pseudoocultistas no son más que tapaderas para su verdadera actividad, que será el contrabando o algo peor».

Pero lo primordial era huir. Linda conocía el camino y se apresuró a recorrerlo. Al final, se encontró con un obstáculo inesperado: su destrucción del tabique lateral había sido reparado.

Por unos segundos, se dejó llevar por la desesperación de la impotencia, pero de inmediato reaccionó, en la seguridad de que algún medio más sencillo para entrar y salir del pasadizo tenía que existir. Paseó sus temblorosas manos por la zona próxima a la pared de madera que cerraba el estrecho pasadizo y, tras un angustiado minuto, dio con un punto en la piedra que cedía a la presión de su dedo. Oprimió con más fuerza y la madera se abrió ante ella. El dormitorio que tan bien conocía se ofreció a su vista. Y estaba vacío.

Aunque sin muchas esperanzas, probó a abrir las ventanas, pero seguían cerradas por fuera. No tenía más remedio que intentar salir

por las puertas del edificio o, en el mejor de los casos, por alguna de las ventanas del piso bajo.

La puerta que comunicaba con el pasillo estaba cerrada, pero la pudo abrir sin complicaciones. Miró cuidadosamente a ambos lados, para comprobar que nadie estaba a la vista. Salió al exterior.

Sabía que una de las varias puertas que se abrían al alfombrado corredor era la del cuarto de los Antonescu, pero no recordaba cuál de ellas era. Dos de las que tenía que atravesar en su camino hasta la escalera estaban abiertas, por lo que extremó sus precauciones al pasar frente a ellas. Nadie había en el primero de los cuartos, pero sí en el segundo. Con una violenta aceleración de los latidos de su corazón, pudo ver a Berta poniendo ropa en una gran maleta que tenía abierta sobre la cama de matrimonio.

Pese a un ligero ruido que Linda, a causa de su nerviosidad, hizo al pasar ante la abierta puerta, la mujer nada oyó. Ya la escalera estaba a su alcance. Aplastándose contra la pared, descendió lentamente por ella. Había luces encendidas en toda la casa, por lo que no podía contar con la oscuridad para protegerse. Por fin llegó al gran salón recibidor en el que terminaba la escalera.

Temía darse en el momento menos pensado de manos a boca con Jan Antonescu. «Si estuviera Al conmigo…». ¿Dónde estaría Al? ¿De qué lado estarla Al? Rechazó indignada la idea. Al sólo podía estar de su lado. «¿Por qué no dijo que era rumano…?». Al sólo podía estar de su lado.

Temerosa, pero decidida, salvó el espacio que la separaba de la puerta principal y tiró de ella, rogando que se abriera.

La puerta se abrió.

Y ante los horrorizados ojos de Linda apareció la siniestra figura de Jan Antonescu, que se disponía a entrar.

CAPÍTULO X

—Querida niña… —declaró Jan, rápidamente repuesto de su sorpresa—. ¿Dónde pensaba ir usted con esta noche?

Ella hizo un desesperado intento de esquivarle y huir, pero él la sujetó por un brazo y la abofeteó con dureza.

—Se acabaron las contemplaciones —anunció, mientras la empujaba hacia el interior de la casa y cerraba la puerta de un puntapié.

Linda tuvo una reacción histérica. Enloquecida al haber sido reducida cuando se creía a punto de alcanzar la libertad, comenzó a golpear y patear a su captor. Este reaccionó en forma que no dejó dudas sobre su determinación y su crueldad. Volvió a abofetearla hasta que ella cayó al suelo atontada por los golpes, y allí le propinó todavía varios puntapiés.

El ruido alertó a Berta, que se asomó por encima de la barandilla del piso superior.

—¿Qué ocurre, Jan?

—¡Los imbéciles han dejado escapar a ésta!

Berta descendió de prisa la escalera.

—¡Mátala! —gritó, ya junto a su marido.

—No todavía.

—Mátala ahora mismo, nos traerá complicaciones.

—No. Realizaremos la ceremonia, tal como estaba dispuesto.

—¡Déjate de ceremonias ahora! Lo importante es escapar de aquí.

—Ayúdame a llevarla a la cripta.

Entre los dos la cargaron y subieron con esfuerzos las escaleras hasta el piso superior. Linda podía oír y entender perfectamente lo que la pareja decía, pero un parálisis volitiva, fruto combinado de

los golpes y la excitación, se había apoderado de ella. Ya no tenía fuerzas ni decisión para luchar. Casi deseaba que todo terminara lo más pronto posible.

Sin contemplaciones, la echaron sobre el altar de piedra.

—Debieras matarla ahora mismo —insistió Berta.

Pero Jan se mantenía firme en su negativa.

—No cambiaré los planes. Al menos, hasta hablar con el jefe.

—¿Cómo harás para hablar con él?

—Ya tiene que estar por los alrededores, de acuerdo a lo convenido.

—¿Y si no ha podido venir? Su situación…

—Él se las arreglará, no es tonto.

Linda concentraba toda su desesperación en esas palabras. "El jefe…". Conque había un jefe que no era Antonescu. La triste certidumbre se abrió paso con terrible velocidad en la mente de Linda. ¿Quién podía ser ese jefe sino…?

"Fui yo la que quiso venir a Knight's Town". Era una débil esperanza, pero se aferró a ella.

—Voy a hablar con el jefe —estaba diciendo Jan a su mujer—. Dejaré la puerta abierta para que entren los estúpidos. Volveré a tiempo para la ceremonia. Si ésa —señaló a Linda— intenta escapar, mátala.

—¿Con mis manos?

—No seas idiota. Toma el revólver.

El hombre salió y Linda, con sus ojos entrecerrados, para no llamar la atención, pudo ver a Berta al pie del altar, con una mano significativamente introducida en uno de los bolsillos de su vestido.

Pero no era eso lo que trastornaba el espíritu de Linda, sino el saber que los Antonescu obedecían órdenes. "Fui yo la que quiso venir a Knight's Town". En efecto, cuando hablara con sus amigos londinenses sobre sus intenciones de recorrer Irlanda en su viaje de bodas, alguien le había hablado de la impresionante belleza de la localidad. ¿Quién lo había hecho?

Tal vez fuera Al…

Sintió que el dolor martilleante de la cabeza y la desesperación y

la náusea aumentaban hasta el paroxismo.

“¡Qué idiota he sido! El tópico cuento de la rica heredera que se enamora del camionero pobre… ¡Y que pone a su nombre la mitad de su fortuna!”.

Era tarde para lamentaciones. Con el puñal ritual de los sacrificios o con el revólver que Berta ocultaba en su bolsillo, iba a ser asesinada. Asesinada por los Antonescu, obedeciendo órdenes del jefe. Y ese jefe era…

Se oyeron voces que se acercaban. Instantes después, seis o siete hombres y mujeres entraron en el recinto y saludaron con reverencia a Berta.

—Salud, hermana.

—Salud, hermanos. Nuestro Amo será reverenciado muy pronto, no bien el Gran Intermediario llegue.

—¿Y no va a morir realmente la víctima propiciatoria? —preguntó una de las mujeres.

—No, hermanos, el Gran Intermediario nunca haría eso. Él clavará su puñal en el corazón de la ofrenda, pero ésta será vuelta a la vida por el Amo para que le sirva durante toda su permanencia terrestre y toda la eternidad.

Linda sabía que eso no era cierto. Que nunca volvería a la vida. Pero no era eso lo que le destrozaba las entrañas, sino el pensar en ese jefe que había ordenado fríamente su muerte.

En ese jefe que sin la más mínima duda tenía que ser…

CAPÍTULO XI

Convenientemente oculto, Sean vio salir a Al del edificio policial y se dispuso a seguirlo. La noche era lo suficientemente oscura como para no temer ser descubierto por el rumano.

Minutos más tarde, el detective tuvo la certeza que el otro se dirigía adonde él imaginaba —y esperaba— que se dirigiera: la casa de los Antonescu. Esto redondeaba su teoría. Una teoría que debió habérsele ocurrido antes. Pero él se había negado a creer en la culpabilidad del muchacho, tal vez porque era el marido pobre de una esposa rica y todo resultaba excesivamente obvio. En lo que no parecía haberse equivocado era en suponer que en la casa de los Antonescu estaba la solución del enigma. Y ahora su olfato de sabueso le indicaba que esa solución era inminente.

Ya había dejado atrás las últimas luces de la población y ahora la oscuridad era total. Lo que antes era ventaja, ahora se convirtió en inconveniente. No veía al objeto de su persecución y el rugir de las olas ahogaba el ruido de los pasos. Muy pronto lo perdió totalmente porque a la oscuridad se sumó la bruma que ascendía del mar y daba un aspecto fantasmagórico a la casa de los Antonescu, que se adivinaba al frente.

No le afectó demasiado el perder a Al, ya que estaba seguro que su destino era la casa de los rumanos. No podía ir a otra parte, salvo que quisiera ir andando hasta Killarney a muchas decenas de kilómetros de allí.

De pronto, oyó voces. Venían del lado del mar favorecidas por el viento, que las llevaba hacia él junto con la bruma y el frío. Con precaución, aunque la oscuridad hacía imposible que lo descubrieran, se encaminó hacia el sonido de las voces.

Había unos arbustos y después tierra rala hasta el acantilado.

Junto a él, distinguió dos sombras. «Carrender y Antonescu», pensó, mientras se acurrucaba tras los arbustos para poder escuchar sin ser visto.

—… matarla —dijo una voz, que Sean reconoció como la de Jan Antonescu.

—… haberlo hecho —dijo la otra.

—Esperaba sus órdenes. Podía echarse atrás —esta vez la voz llegó con claridad.

—Yo no soy de los que se echan atrás. Mátela de acuerdo a lo convenido y que sea de inmediato. Yo cumpliré mi parte, pero todo debe ser muy rápido porque yo corro peligro.

Sean vio a una de las sombras, que supuso perteneciente a Antonescu, iniciar la marcha hacia la casa y no esperó más. Extrayendo su pistola, se plantó en dos zancadas ante la sombra. Era Antonescu y alzó las manos de inmediato.

El otro se mostró más remiso a cooperar.

—Las manos arriba o disparo, Lortley —tuvo que decir dos veces Sean para lograr ser obedecido.

En esos mismos momentos, Al penetraba en la cripta y de un puntapié muy certero hacía volar por los aires el revólver que Berta había sacado de su bolsillo al verle. Esto era lógico, lo que no le pareció tanto fue que Linda se echara a llorar. «Lloro de alegría», explicó ella, pero él no quedó del todo satisfecho. «Debiste reír al verme», se quejó.

El comedor de El Ancla y el Delfín lucía tan cálido y acogedor como siempre. Alrededor de una bien nutrida mesa, comían estofado irlandés Linda, Al, Sean y el sargento.

—Sí —estaba diciendo la chica—. Ahora estoy segura que fue Lortley quien me habló de
Knight’s
Town. Sólo después de saber que era él quien lo planeara todo pude recordarlo. Lo que no entiendo es qué pretendía lograr con mi muerte. Al me habría heredado…

Sean tomó la palabra.

—Lortley confiaba en que Al sería convicto del asesinato de… perdón, de usted. En ese caso, él, como su albacea testamentario, obtendría de los jueces la administración de todas sus empresas, al menos hasta que se determinaran judicialmente los herederos. Eso

le daba tiempo más que suficiente para hacerse una fortuna.

Al interpuso una objeción.

—¿Y si no me hubiesen hallado culpable?

—Los culpables hubieran sido los Antonescu…

—¿Cómo entran en esto los Antonescu? —interrumpió Linda.

—Berta habla incluso sin que le pregunten, en un desesperado esfuerzo por salvarse de la larga condena que le aguarda. Ella nos lo ha contado todo con lujo de detalles. Cuando Lortley investigó el pasado de Al y descubrió que había ocultado sus orígenes rumanos, viajó personalmente a Brasov, en un intento por lograr pruebas de algo turbio o delictivo con que incriminaría ante usted, Linda, a su futuro esposo. No encontró nada sucio, pero encontró a los Antonescu, tíos de Al. Dos personas frustradas, no del todo en sus cabales y llenos de fantasías sobre vampiros y condes Dráculas. Seguramente entonces maquinó todo el plan. Eligió Knight's Town porque Linda le había dicho que, de casarse con Al, haría un largo viaje de bodas por Irlanda. Ese pueblo, perdone, sargento Finn, está lo suficientemente aislado como para crear algo tan descabellado y estúpido como esa pantalla de los «Hijos de Satán»…

—Yo pensé que se trataba de contrabandistas —acotó Linda—. Todas esas cajas…

—Eran contrabandistas. Pero esto no estaba previsto. Los contrabandistas usaban la cueva y la cripta desde tiempo inmemorial, aunque ahora con falsas puertas movidas por métodos electrónicos, para ocultar sus mercancías, aprovechando que la parte exterior de la caverna queda cubierta por las aguas con la marea alta y a ella pueden entrar botes que luego conectan con embarcaciones mayores. Los Antonescu compraron la casa porque sabían de la existencia de la cripta, de la que les informaron los anteriores propietarios. El lugar era ideal para sus prácticas «demoníacas», que serían una buena tapadera para su verdadera actividad, que consistía en esperar la llegada de ustedes…

—¿Y si no hubiésemos venido?

—Ya se habría encargado Lortley de concebir otro plan. Termino con lo de los contrabandistas. Es indudable que llegaron a un arreglo con los Antonescu para no molestarse mutuamente. Digamos que ellos y los Antonescu utilizaban la cripta

alternativamente. Uno de esos contrabandistas, tal vez con algo que desfigurara su rostro o cualquier otra cosa que la asustara, fue lo que usted vio la primera vez que llegó a la cripta…

—Y el miedo me hizo perder el conocimiento.

—Así es. Para evitar problemas, la ocultaron en la caverna, drogándola para mantenerla dormida, hasta que Antonescu pudiera decidir su destino…

—Un escalofrío corrió por el cuerpo de Linda.

—Y mi destino era ser ofrecida en sacrificio a Satán…

—Un toque de frío cinismo inventado por Lortley, según declarara Berta. Así pensaba comprarse la complicidad, no sólo de los Antonescu, sino también del pueblo de
Knight's
Town, varios de cuyos pobladores se verían complicados en el asunto.

—Lo que no entiendo es por qué estaba Lortley en el acantilado —intervino el hasta entonces silencioso sargento.

—Eso también me desconcertó a mí. ¿Por qué no se quedó tranquilamente en El Ancla y el Delfín? Bien, esto nos lo relató Jan Antonescu. Parece ser que Lortley quería que el… perdón, el cuerpo de Linda fuese echado al mar, tras ser apuñalado. Pensaba que ese tipo de muerte y ese intento de ocultar el cadáver arrojándolo al mar era el ideal para un marido asesino. Pero temió que la policía, al no descubrir la utilidad de la caverna en la que yo mismo esteva y nada anormal vi, perdiera tiempo y el cadáver pudiera desaparecer en tantas cavernas submarinas como las que hay en esta costa. Por eso estaba allí, para poder engañar al después sargento Finn o a mí con el cuento de haber visto «hombres saliendo en un bote de la caverna», o algo por el estilo, lo que nos hubiera llevado a investigar a fondo y a encontrar el… ejem… cuerpo flotando sobre las aguas. Creo que esto acaba con las dudas, ¿verdad? —las cabezas de los otros tres se movieron en sentido vertical—. Bien, sólo resta decir, entonces, que los contrabandistas han sido apresados y tendrán que responder a algo más que una acusación por tráfico ilegal de mercancías.

Un par de horas más tarde, el coche de Al —Linda lo había puesto a su nombre— abandonaba
Knight's

Town, camino de Cork, Dublin y Londres.

—Creo que nunca podrás olvidar este maldito pueblo —masculló el muchacho.

—Estoy segura que nunca querré olvidar este maravilloso pueblo —sonrió Linda.

—¿Pero qué dices? —se sorprendió él abandonando la vigilancia de la carretera para mirarla.

—Aquí, en Knight's Town, tuve la confirmación definitiva y eterna de tu amor, querido —respondió ella—. ¿Te parece que no es motivo suficiente como para no querer olvidarlo nunca?

—En Killarney hay un buen hotel. Podríamos hacer una breve parada allí —dijo él, con evidente incongruencia.

Pero a Linda no pareció importarle la incongruencia, porque asintió con gran entusiasmo a la proposición de su marido.

Notas

[1] Knight's Town significa en inglés «Ciudad de los Caballeros». (N. del T.). < <